

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

INVASION VERDE

ray lester

CIENCIA FICCION



FRSA

**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,

UN MILLON DE PESETAS

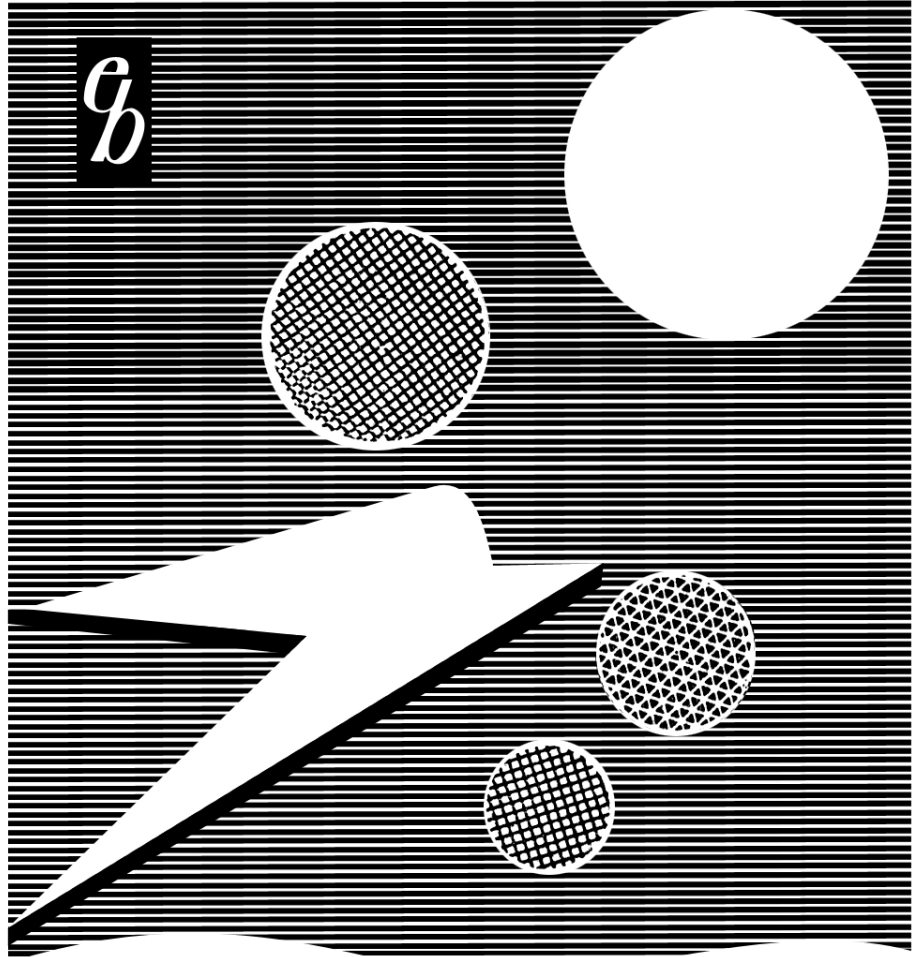
YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

RAY
LESTER

INVASION VERDE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 167
Publicación semanal
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 33.081 – 1973
ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1973

© **RAY LESTER - 1973**
texto

© **SALVADOR FABA - 1973**
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,**
S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

163. — Las estrellas malditas. *J. Chandley*

164. — La última galaxia. *Curtís Garland*

165. — La bella durmiente del espacio. *Ralph Barby*

163. — Después del cataclismo. *Peter Kapra*

166. — Perros del espacio. *Clark Carrados*.

CAPITULO PRIMERO

—La cabeza parece que me va a estallar, Larry.

—Sigo opinando igual respecto a eso, Doug.

—Ya. Soy un tipo juerguista y me pirro por las faldas.

—Exacto. Y algún día te costará un disgusto. No te quepa la menor duda.

Doug Bradford hizo una mueca en dirección a su jefe.

—¿Y qué quieres que haga un tío como yo, una noche libre en París? Soy guapo, fuerte y por añadidura no tengo a nadie que me sujete atado a sus faldas. Larry Gould, capitán de la aeronave, sonrió vagamente.

—No veo la razón de que tengas que correr detrás de las chicas cada vez que hacemos noche en París, Doug.

—¡Claro! Tú tienes a Denise y por eso lo dices. Sangre francesa y americana mezclada en sus venas. Con una mujer como ella a mi lado tampoco correría yo detrás de las restantes féminas, Larry.

—Denise es una muchacha seria.

—Por eso lo digo. —Doug se pasó la mano por la frente —. Con el ruido de los motores el dolor va en aumento.

—Equivocaste la carrera, muchacho. Lo tuyo es cruzar el Atlántico en un yate de recreo en vez de hacerlo en un reactor.

—Encima de todo, bromas —se quejó el copiloto Bradford.

—¿Has tomado algún comprimido?

—Desayuné una tortilla de comprimidos antes de abandonar el hotel esta mañana.

El «DC-9» de la Hunter Airlines volaba sobre el Atlántico a ocho mil metros de altitud en vuelo directo París-

Nueva York. Bajo ellos, la carencia de nubes permitía admirar el manto azulado del agua.

—Tienes que abandonar esa forma de vida, Doug —recomendó Larry—. No te beneficia en absoluto. El copiloto encogió los hombros.

—Soy un apasionado de las emociones fuertes, Larry.

—¿Por qué no te hiciste piloto acrobático?

—También me gusta conservar la cabeza sobre los hombros, Jefe —rió Doug—, Para vuelos acrobáticos estoy yo hoy...

Una puerta se abrió a sus espaldas y la azafata Denise Logan penetró en el compartimiento de mando.

—¿Un poco de café, señores?

En la primera impresión, Denise Logan era capaz de cortar la respiración a cualquier humano del sexo opuesto. El uniforme moldeaba un cuerpo esbelto de turbadoras curvas perfectamente proporcionadas. El rubio cabello se desbordaba en corta melena bajo el reglamentario gorrito de la compañía.

Los bellos ojos claros y la boca de labios gordezuelos, eran complementos contribuyentes a la serena belleza de Denise. Una beldad apacible, sin estridencias.

—A Doug le vendrá bien —respondió Larry.

—No, gracias —denegó el aludido—. Cuando lo agarro no hay nada que me alivie.

Denise movió la cabeza reprobadoramente.

—Te acostaste tarde anoche, ¿eh?

Doug Bradford compuso una mueca implorante.

—No, por favor, Denise. No vayas a empezar tú ahora. Hace rato que soporto los puyazos de tu prometido.

—No sé cuándo vas a sentar la cabeza.

—Cuando encuentre una chica como tú —miró burlonamente a Larry, ocupado en los mandos del avión—. Este se me adelantó y por eso eres su prometida en lugar de la mía.

La muchacha fingió un gesto despectivo.

—No eres mi tipo, Doug. Te hubiera dado calabazas.

—Eso está por ver, chica. Nunca se me ha resistido ninguna mujer.

—Quizá porque les falta clase a tus conquistas.

Doug frunció el entrecejo perplejo.

—¿Acaso tienes algo que objetar a mi persona? ¿Me consideras repugnante?

—¡Hombre...! Tanto como eso, no —Denise hizo una pausa y rientes los bellos ojos continuó—: Pero un engreído petulante sí que lo eres, Doug.

—¿Ah, sí?

Y Larry haría bien dando cuenta de tu comportamiento a la compañía para que te escarmentaran.

Doug Bradford soltó un bufido.

—Ya salió aquello.

—En todos los sitios que hacemos noche...

—¡Alto ahí, linda azafata! —interrumpió Doug—, Sólo en París y en Estocolmo. En los restantes lugares soy el primero en marcharme a la cama.

—Lunes en París y viernes en Estocolmo —se burló mordaz Denise—. ¿En qué otra ciudad hacemos noche, Doug?

Bradford se rascó el mentón dubitativo.

—Bueno..., tengo que confesar que desde hace un año...

—Diecinueve meses, Doug. Estamos en este itinerario desde marzo de 1981. Hace justo diecinueve meses, chico.

—Está bien —cabeceó asintiendo el copiloto—. No se puede discutir contigo. Hoy se ve que estás agresiva. Acepto una taza de ese líquido negruzco que optimistamente llamas café, a condición de que me dejes en paz, Denise. Después de todo el que ha prometido casarse contigo es Larry y no yo.

—No estás obligado a beberlo. Si prefieres un buen brandy...

—No menciones la soga en casa del ahorcado muchacha. Es de mal gusto, caray.

—Dejad la discusión, ¿queréis? —pidió Larry Gould sonriendo. ¿Qué tal los supersabios, Denise?

—El ruso no ha dejado de leer libros y anotaciones desde que despegamos en París.

—¿Y los ingleses?

—Esos charlan sin cesar pero no pude coger ninguna palabra. Cada vez que me acerco guardan silencio.

—Y eso te pone nerviosa, ¿eh? —terció malévolo Doug. Denise lo fulminó con la mirada.

—No pretendo descubrir sus secretos científicos, conquistador.

—Perdona, chica, fue una broma inocente.

Larry volvió a inquirir:

—¿Cuándo se celebra el congreso en Washington?

—La semana próxima.

—Vienen con antelación, ¿eh?

—Creo que tienen programadas unas conferencias con anterioridad al Congreso Espacial.

Doug Bradford volvió a intervenir burlón:

—¿Han tenido la suerte de probar ya tu café? - — Fue Larry el que contestó esta vez:

—El café de Denise es excelente, muchacho. No seas desagradecido.

—Sí, sí... —canturreó riendo Doug—. ¿Qué vas a decir tú? Volveré a preguntártelo cuando llevéis cuatro o cinco años de matrimonio. Tu respuesta será más sincera.

El capitán Larry Gould entornó los párpados mirando al copiloto.

—¿Se te pasó el dolor de cabeza?

—No. Pero debo confesar sinceramente que se me alivió bastante contemplando a tu bellísima prometida, jefe. De veras que la chica es un verdadero cromo, caray.

—Lo celebro, Doug. Así podrás hacerte cargo de este armatoste mientras voy a estirar las piernas. Al menos te mantendrás ocupado.

Poco después se hacía cargo Doug Bradford de los mandos y Larry se incorporó del asiento.

A los treinta años, Larry Gould era el capitán más joven de la Hunter Airlines. Estaba considerado por sus superiores como uno de los mejores capacitados entre la plantilla de pilotos.

Poseía un cuerpo atlético de largos miembros fibrosos. Con su metro noventa le sacaba casi diez o doce centímetros al copiloto Doug Bradford. El rostro era de facciones duras y su mirada franca se tornaba penetrante y aguda cuando un problema lo atosigaba.

En el corto y rubio cabello también difería de Bradford que lo tenía negro como el ébano y largo.

Abandonaron Larry y Denise la cabina de mando y fue el capitán tras la azafata por el pasillo central. Al pasar iba echando una ojeada al pasaje. En total, unas cuarenta personas.

Dos niños, varias muchachas, algunas parejas de personas mayores, dos negros... Unos pasajeros que nada diferían de los normales que habitualmente trasladaban de Europa a los Estados Unidos.

El rostro del profesor ruso Boris Razin lo pareció vulgar. Le constaba que era una impresión falsa ya que Razin estaba considerado como el científico más brillante de los últimos tiempos. Con su pequeña barbita puntiaguda inclinada, permanecía absorto en sus múltiples anotaciones.

Larry llegó hasta el departamento posterior de las azafatas y tomó la taza de humeante café que le tendió Denise. Permaneció durante unos diez minutos charlando con su prometida y la morena Carol, de enormes y expresivos ojos.

Luego regresó lentamente a su puesto.

Apenas penetrar en el interior de la cabina de mando tuvo la certeza de que algo andaba mal.

Las facciones de Doug Bradford estaban macilentas y hacía apresuradas comprobaciones después de tomar lecturas en el panel frontal. El lápiz se movía febrilmente en sus dedos.

—¿Ocurre algo, Doug?

Al escuchar la voz de su jefe tuvo un sobresalto. Se hallaba tan enfrascado en sus operaciones que no advirtió la presencia de Larry a su lado.

Al girar la cabeza observó Larry la extraordinaria excitación que lo embargaba.

—¡Larry...! —exclamó—, ¿Qué estás haciendo?

—Adivina a qué altura estamos volando —Doug hablaba rápido, nervioso—, ¡Es inaudito...!

—Deberíamos hacerlo a ocho mil metros —contestó

tranquilo Larry, echando un vistazo al altímetro y entonces pegó un respingo—. ¡Eso no es posible!

—Lo mismo digo yo, jefe.

La aguja del altímetro estaba al tope máximo, sobrepasando en más de dos mil metros la altura prudencial del avión.

El lápiz crujió rompiéndose al concluir Doug sus operaciones. El copiloto miró atónito a su capitán.

—¡Treinta mil metros...! —murmuró haciendo un gallo con la voz.

Ahora le tocó el turno a Larry Gould. Se lanzó sobre las anotaciones de Doug y las repasó velozmente, aunque sin dejar de asegurarse de cada resultado parcial.

Doug miró al exterior sin ver absolutamente nada. Las plumizas nubes se adosaban al «DC-9» como una espesa cortina. El manto azulado habla desaparecido bajo ellos.

Al terminar Larry las comprobaciones se quedó mirando alelado el altímetro. No marcaba ni la mitad de la altura a la que realmente se encontraban. Aquello era sencillamente imposible.

—¡Vamos a estallar en mil pedazos, Larry!

—Calma, muchacho —recomendó el capitán aunque él mismo tenía que hacer un extraordinario esfuerzo por mantener el control de sus nervios—. Ya nos habríamos pulverizado.

Doug lo miró con una expresión de asombro en sus pupilas.

—¿Cómo puedes estar tan sereno?

Larry fue a su asiento sin responder y accionó las palancas intentando descender.

—No responden —informó el copiloto—. Fue lo

primero que intenté al ver que subíamos.

Larry soltó los mandos emitiendo un profundo suspiro.

—Algo raro está ocurriendo —dijo.

—¿Raro dices? ¡Es lo más asombroso que he visto en mi vida!

—Podemos estar equivocados, Doug.

—¿Los tres? El altímetro pudo estropearse pero las operaciones tuyas y mías son correctas, Larry. No hay la menor duda de que nos encontramos a treinta mil metros de altitud.

—Y, sin embargo, es imposible. Este viejo trasto hubiera volado en millones de partículas.

—Aún puede ocurrir —gimió Doug.

—No, muchacho. Desde el momento que hemos llegado a esta altura sin notarlo, puedes estar seguro de que el avión resistirá.

Doug Bradford miró a su jefe agrandados los ojos.

—¿Sabes lo que estás diciendo, Larry?

—Desde luego.

—De acuerdo, supongamos que tienes razón. ¿Qué piensas hacer?

—Lo único que podemos hacer; nada.

—¿Nada...?

—Eso es. Ve a echar un vistazo al pasaje y procura disimular el miedo que sientes.

Doug negó sacudiendo la cabeza.

—No estoy asustado, Larry. Lo que siento es terror.

Al regresar otra vez Doug, lo miró inquisitivamente Larry.

—¿Qué...?

—Ahí afuera todo sigue normal. Como si nada

ocurriese.

—Y nada ocurre en realidad, Doug.

El copiloto soltó una breve y nerviosa carcajada.

—¡No me digas! A lo mejor resulta que estamos viendo visiones los dos.

—Esto es un fenómeno, Doug.

—¿Fenómeno de qué, hombre?

—Piensa un poco, Doug.

—No puedo, Larry. El terror paraliza mi mente.

—Es imposible que esto sea cierto. Este avión es un modelo antiguo y su fuselaje no soportarla ni quince mil metros. Lo que nos sucede es un fenómeno de sugestión.

Doug se llevó las manos a la cabeza mirando perplejo a Larry.

—¡Ay, madre! —jadeó con un hilo de voz—. El Jefe se ha vuelto más loco que una cabra.

—Todo tendrá su explicación, muchacho —afirmó convencido Larry—, Ya lo verás.

El copiloto unió las manos suplicante.

—Que sea pronto, jefe, por tu madre que sea pronto.

Larry Gould hizo un ademán indicando el asiento del copiloto.

—Toma asiento en tu sitio y aguarda procurando dominar tus emociones, Doug. Por el momento es cuanto podemos hacer.

CAPITULO II

Larry se inclinó un poco y habló quedo:

—¿Sería tan amable de acompañarme a la cabina de mando, profesor Razin?

El científico ruso apartó la mirada de los papeles que sostenía entre las manos y arqueó las cejas.

—Estoy muy ocupado, señor...

—Larry Gould, profesor. Soy el capitán de este avión.

—Viajo en calidad de simple pasajero, señor Gould.

Larry miró en derredor comprobando que nadie prestaba atención a lo que decían. Por suerte los asientos contiguos estaban desocupados debido al aislamiento voluntario del científico ruso.

—Necesitamos la colaboración de usted, profesor Razin. Le quedaríamos muy agradecidos si accediera a venir conmigo.

El ruso lo miró interesado. No consideraba normal todo aquello pero quiso saber en su inglés gramatical:

—¿De qué se trata?

—No puedo decírselo aquí, profesor —contestó Larry siempre en voz baja—. Es un asunto vital para todos.

Boris Razin se incorporó haciendo un gesto evidente de fastidio. Introdujo los folios en un maletín de piel negra y sosteniéndolo en la zurda se giró hacia el capitán.

—Espero que sea breve, señor Gould.

—Sólo un instante, profesor.

Larry inició la marcha por el pasillo hacia la parte delantera del avión. A unos pasos lo seguía el científico Boris Razin. Algunos pasajeros los miraron indiferentes al pasar.

El ruso tenía casi la misma talla que Gould aunque sus hombros resultaban bastante más estrechos. Estaría por los sesenta años y todos los rasgos de sus facciones denotaban inteligencia.

En el interior de la cabina de mando estaban ya los

ingleses Malone y Merrill. El primero, flaco, de baja estatura y cabello completamente blanco. Por el contrario, Alfred Merrill más parecía un play-boy que un científico investigador del espacio.

Vestía ropas deportivas y de toda su figura irradiaba confianza en sí mismo. Frisaba en los cuarenta y cinco años y su rostro era de enérgicas facciones.

Dijo Larry cerrando tras de sí:

—Siento haberlos molestado, señores. ¿Seguimos igual, Doug?

El copiloto asintió en silencio.

—Espero que por lo menos tenga una razón convincente —dijo con gravedad el ruso.

Gould emitió una tenue sonrisa.

—Seguro, profesor Razin —hizo una pausa agregando —: Mi ayudante Douglas Bradford y yo, estamos convencidos de que nos encontramos a treinta mil metros de altitud y ustedes... ¡No, no estamos locos ni se trata de una broma!

La reacción de los tres científicos fue distinta.

Razin torció el gesto contrariado por lo que creyó ineptitud en los pilotos del avión.

Merrill sonrió irónicamente.

Sólo Samuel Malone adelantó el mentón inquiriendo:

—¿Sabe lo que está diciendo, capitán?

—¿Dónde supone que obtuve el título de piloto, profesor Malone? Puedo asegurarles que volamos dentro de la estratosfera.

Alfred Merrill sonrió condescendiente.

—¿Y qué oxígeno estamos respirando, capitán Gould?

—Lo ignoro.

—¿De qué extraña materia está construido este avión, capitán? —siguió sarcástico Merrill.

Es un «DC-9» con muchos años encima, profesor.

El científico ruso se pasó la mano por la breve barbita y movió la cabeza contrariado.

—Siento que me haya hecho perder el tiempo tan tontamente, capitán.

Larry apretó furioso los maxilares.

—¡Un momento...! —rugió colérico—. Antes de que vuelvan a sus asientos quiero decirles algo y reventaría si me lo callo.

—¿De qué se trata ahora, capitán? —preguntó sin abandonar el tono burlón Merrill—. Le advierto que podemos dar cuenta a sus superiores de su comportamiento.

—Me da igual. Ustedes pueden poseer cerebros privilegiados pero yo los considero seres vulgares.

Samuel Malone escrutó las alteradas facciones de Larry.

—¿Se da cuenta de que es imposible lo que está diciendo, capitán? No se puede volar tranquilamente por la estratosfera.

Gould señaló el panel de mandos.

—Pueden comprobarlo ustedes mismos. Les resultará una operación elemental a hombres acostumbrados a enviar cohetes exploradores a Marte y Venus.

Malone movió la cabeza en sentido afirmativo y cogió las cuartillas que le tendió Doug al acercarse.

Durante unos minutos estuvo tomando lecturas y haciendo rápidos cálculos bajo la mirada displicente de Merrill y la indiferente del profesor ruso.

Al concluir, soltó los papeles y se pasó la mano por la frente, pálido como la cera.

—¡Dios mío...! —musitó.

También Razin y Merrill quisieron comprobarlo personalmente y obtuvieron idéntico resultado.

—¡Es increíble...! —murmuró Merrill.

—Celebro que se hayan convencido al fin —sonrió Larry.

—Eso echa por tierra la teoría de que sufríamos una sugestión, Larry —intervino Doug.

—Y parece que flotemos en el aire —dijo el ruso Razin—. Ni siquiera el fuselaje emite el menor crujido.

—También debo informarles que los mandos no responden —explicó el capitán—. Hemos intentado moverlos y están como agarrotados. ¿No pueden ustedes darnos una explicación lógica?

Samuel Malone le dirigió una mirada asombrada.

—¿Lógica, dice? Esto es sencillamente increíble. No se me ocurre absolutamente nada, y supongo que lo mismo les ocurre a mis colegas.

En aquel instante Doug Bradford lanzó un aullido:

—¡Estamos bajando!

Todas las miradas convergieron sin dilación en la esfera del altímetro que señalaba el atónito copiloto.

La aguja osciló alocadamente varios segundos para finalmente detenerse en los doce mil metros. Cuando se detuvo en los ocho mil, Larry accionó los mandos y el avión respondió con normalidad.

Ninguno de ellos había percibido en su interior el brusco cambio de altura. Fue como si en todo instante se hubieran mantenido a los mismos ocho mil.

Durante unos minutos nadie abrió la boca.

Larry Gould efectuó algunas maniobras suaves y el

«DC-9» se dejó llevar dócilmente.

Fue Doug Bradford el primero en advertir una nueva anomalía:

—¡Mira, Larry, es de noche y deberían ser las doce del mediodía!

—Las doce es la hora de llegada a Nueva York, Doug.

—Exacto. Y que me maten si aquello de allí abajo no es Nueva York.

El capitán miró en la dirección que indicaba su copiloto y movió la cabeza perplejo.

—En efecto, Doug. Parece ser Nueva York.

Doug puso una mano en la mejilla haciendo una mueca compungida.

—¡Ay, mi madre! ¡Esto es cosa de brujas!

—No seas cretino, Doug, diablos. Puede que al llegar nos aclaren lo sucedido.

Se giró Larry hacia los científicos.

—Es mejor que vuelvan a sus asientos. No tardaremos en aterrizar.

Inquirió Malone:

—Sería aconsejable que nos reuniésemos una vez en tierra, ¿verdad?

—Me parece bien —accedió el capitán—. No hace falta que les pida silencio sobre todo esto, ¿no? El resto de los pasajeros se alarmarían sin necesidad.

—Desde luego.

Los tres hombres de ciencia regresaron a sus respectivos asientos y ordenó Larry:

—Llama a Denise, Doug. Mientras acude empieza a solicitar entrada en el circuito de aterrizaje.

—Sí, jefe.

Después de llamar a la azafata, maniobró el copiloto en la emisora de a bordo:

—¡Atención, Nueva York, aquí vuelo 608 de la Hunter Airlines solicitando entrada en circuito! ¡Atención, Nueva York; cambio!

El receptor se mantuvo silencioso. Nadie respondió a la llamada de Bradford, que transcurridos unos segundos volvió a repetirla. De nuevo el silencio fue la única respuesta.

Por tercera vez probó Doug con idéntico resultado.

Denise abrió la puerta penetrando en el compartimiento. Miró intrigada a su prometido.

—¿Qué sucede, Larry? Aún faltan varias horas para llegar a Nueva... ¡Y es de noche!

—Están ocurriendo cosas extrañas, cariño. Por ahora no tengo tiempo de explicaciones. Avisa al pasaje para que se pongan los cinturones —viendo Larry la indecisión de ella, apremió—: Anda, después te diré lo que ha pasado.

—¿Te dispones a aterrizar?

—Sobrevolamos Nueva York, cariño. Avisa al pasaje.

La muchacha movió la cabeza asombrada.

—Sí, Larry.

—Inténtalo otra vez, Doug —ordenó el capitán—. Olvídate del circuito y solicita pista directamente.

Bradford insistió una y otra vez sin resultado positivo. Alzó los hombros emitiendo un ruidoso suspiro.

—Es inútil, Larry, nadie responde ahí abajo. Parece que el aeropuerto esté cerrado al tráfico.

—Ve cambiando la frecuencia.

—¿Para qué?

—¡Hazlo, maldita sea!

—Está bien, Jefe. No te alteres, caray.

Doug Bradford permaneció durante diez minutos intentando establecer contacto con tierra. Todo cuanto hizo fue inútil. Nadie, en ningún lugar, respondió a su llamada que paulatinamente iba adquiriendo caracteres angustiosos.

Denise había regresado junto a los pilotos y los observaba en silencio con una expresión de creciente incertidumbre plasmada en su bello rostro.

—Déjalo, Doug —ordenó al fin Larry—. Voy a bajar hasta el límite.

Los motores rugieron al exigirles el capitán el esfuerzo.

—Se ven bastantes luces ahí abajo, Larry —informó Doug.

—También está señalizada la pista, muchacho —hizo una pausa Gould—. ¿Entonces por qué diablos no responden? Forzosamente han tenido que vernos y advertir nuestra extraña maniobra. Tienen que ponerse en contacto con nosotros.

—El receptor sigue mudo, jefe. Y sólo veo una pista iluminada.

—Prueba por última vez, Doug. Si el resultado es negativo bajaremos por mi cuenta y riesgo.

—¿Aterrizar sin autorización?

—Eso es.

—¡No puedes hacerlo, Larry!

—¿Por qué?

—No lo permiten las reglas internacionales.

Gould se giró levemente en el asiento mirando a su copiloto.

—¿Sí? Dime una cosa, Doug. ¿Cuánto tiempo llevamos sobre la ciudad?

—Casi media hora.

—Exacto, ¿y cuántos aviones has visto entrar o salir?

Doug desorbitó los ojos atónito.

—¡Tienes razón, Larry! ¡Este aeropuerto es de los que tienen más tránsito del mundo!

—Y, sin embargo, esta noche aparece solitario. Continúan sucediendo cosas anormales y vamos a averiguarlas, muchacho. La mejor forma es ir abajo y enterarnos. Intenta hablarles por última vez.

Bradford lo hizo y fue infructuoso como las veces anteriores.

Larry dio un manotazo en el aire,

—Déjalo. Vamos a tomar tierra.

—Procura que no nos pongamos morados de tierra, Larry, por tu madre, jefe.

CAPITULO III

El pesado avión se posó suavemente entre la doble hilera de focos anaranjados y durante unos minutos se deslizó por la pista en dirección al edificio central del aeropuerto. Paulatinamente fue perdiendo velocidad al pulsar Larry los frenos.

Sin distraerse en el manejo de la maniobra, observó el capitán las grandes cristaleras visibles ya.

Los músculos del rostro se tensaron al no divisar presencia humana por parte alguna.

—Barrunto que seguirán las cosas extrañas —rezongó.

—¿Dónde diablos está la gente de aquí? —inquirió asombrado Doug.

—Me temo que no veremos a nadie, muchacho.

Denise, situada tras ellos habló por vez primera en un buen rato:

—¿Qué significa todo esto, Larry?

—No lo sé, cariño. De veras que no lo sé.

—Tiene que existir una explicación lógica. No es posible que este aeropuerto esté solitario.

Larry encogió los hombros con el ceño fruncido. Su mente trabajaba a marchas forzadas intentando dar con la clave de aquel misterio y todas las hipótesis que se le ocurrían las desechaba apenas esbozadas por absurdas.

El avión se aproximó como un enorme pájaro hasta casi las puertas de entrada al edificio central. Manióbró Larry dejándolo inmovilizado con la cola apuntando a los grandes vestíbulos iluminados y desiertos.

No le interesaba que los pasajeros viesan por el momento la soledad del aeropuerto.

Parando los motores cogió el micro conectado a los altavoces interiores del pasaje.

—Atención, señores, les habla el capitán Larry Gould —procuró que su voz sonara tranquila, infundiendo confianza a las personas que ya se preparaban para desembarcar—, Por una dificultad técnica tendrán que permanecer sin abandonar el avión durante unos minutos. No existe motivo de alarma en absoluto ya que incluso los motores están parados. La espera se debe a un formulismo de tránsito. Repito: no existen motivos de alarma. Gracias.

Doug y Denise lo miraban en silencio. Dijo el primero:

—¿Qué te propones hacer?

—Bajaremos Merrill y yo a echar un vistazo.

—¿Por qué Merrill?

—Es el más joven de los tres científicos y podrá

echarme una mano en caso de necesidad.

Doug Bradford entornó los ojos mirando a su jefe.

—¿Qué esperas encontrar ahí abajo, Larry?

—Que me maten si lo sé. No quiero que nadie abandone la nave hasta cerciorarme de que no existe peligro alguno.

—Yo iré contigo —decidió el copiloto.

—No, Doug. Te ocuparás de que no cunda el pánico entre los pasajeros. Denise y Carol te ayudarán a mantener la calma.

—Doug y Carol pueden bastarse —argumentó la azafata —, Yo preferirla acompañarte, Larry.

El capitán sacudió la cabeza al tiempo que sacaba de un pequeño compartimiento la pistola de reglamento.

—Te quedas, Denise. Doug precisa ayuda.

—Pero...

—No insistas, por favor.

Comprobó Larry que la pistola estaba cargada y la introdujo en el bolsillo de la cazadora de piel.

—Vamos fuera y procurad que los pasajeros no se percaten de la preocupación que os embarga. Hay que mantener la serenidad y evitaremos una explosión de pánico colectivo.

Avanzando por el pasillo central vio Larry que algunos pasajeros le interceptaban el paso.

—¿Qué sucede, capitán?

—¿Por qué no nos deja bajar?

Larry respiró profundamente.

—Tengan paciencia, señores, por favor. No ocurre nada anormal. Se trata de un simple formulismo y procuraremos que la espera sea lo más breve posible.

Un tipo desgarrado de largo cabello y ojos muy juntos

lo retuvo por el brazo.

—Mi nombre es Beirne, capitán. Forrest Beirne.

Larry se detuvo mirándolo al rostro.

—¿Y bien?

El tipo arrugó el entrecejo haciendo un gesto de asombro.

—¿No le dice nada mi nombre?

Larry hizo acopios de paciencia.

—No, señor. No me dice nada su nombre.

—¡Soy Forrest Beirne, capitán!

—Está bien, señor Beirne. ¿Puede soltar ahora mi brazo? Tengo cosas más importantes que hacer.

—Mi nombre se ha visto en el neón cientos de veces, capitán. Se me considera el mejor cómico del momento actual y usted ni siquiera me conoce.

—Perdone, señor Beirne, no acostumbro a frecuentar los teatros últimamente. Le ruego que me permita continuar.

El individuo alto de extraño aspecto continuó aferrando su brazo.

—Contésteme antes una pregunta, capitán.

Larry comenzó a pensar que tendría que utilizar la violencia para desprenderse de aquel tipo. Procuró dominar su impaciencia y aparecer tranquilo al decir

—¿De qué se trata?

—Según el horario de esta compañía teníamos la arribada a Nueva York a la una del mediodía. ¿Hay acaso eclipse de sol? Mi reloj marca la una y cinco pero es completamente de noche.

Larry lo miró fijamente durante unos segundos. Observó que muchas personas habían advertido la misma anomalía que Beirne y se hallaban pendientes de su

respuesta. Maldijo en su interior al cómico por la inoportuna pregunta.

Sonrió asintiendo.

—Eso es, señor Beirne. Tenemos un eclipse de sol.

—¿Y por qué no lo anunciaron los periódicos?

—No acostumbran a hacerlo en Europa cuando sucede en América, señor Beirne. Posiblemente lo publicaron los diarios de Nueva York.

—Ya.

Larry aprovechó el titubeo del cómico para desprenderse y continuar por el pasillo. No había conseguido avanzar más de tres pasos y fue una señora gruesa quien lo atenazó por la manga de la cazadora.

—Me llamo Rosalind Farrell, capitán. Deseo...

—Un bonito nombre, señora, la felicito.

Y se soltó Gould siguiendo por el pasillo.

Los pasajeros no cesaron el acoso y afortunadamente para Larry intervino Doug Bradford desde atrás gritando:

—¡Atención, señores, atención! ¡Yo atenderé sus demandas si procuran volver a sentarse y las formulan por orden! —durante el silencio que siguió a sus palabras sonrió Bradford abiertamente—. No existe razón para que nos alteremos, señores. Conserve la calma, por favor.

Bendijo Larry la intervención del copiloto y fue hasta donde se sentaban los científicos ingleses. Se inclinó levemente al llegar junto a ellos mirando a Merrill.

—Acompáñeme, por favor.

Alfred Merrill se incorporó con presteza caminando en pos del capitán hacia la parte de cola.

Sólo cuando estuvieron alejados del resto de los pasajeros inquirió:

—¿Qué sucede ahora?

Se giró Larry hacia él.

—Se lo explicaré cuando hayamos bajado a tierra.

Malone y Razin también acudieron junto a ellos.

—¿Puede decirnos lo que ocurre, capitán? — preguntó el ruso.

—No tengo tiempo de explicaciones —habló rápido Larry—. El profesor Merrill y yo vamos a descender del avión. Inspeccionaremos el aeropuerto que aparece desierto contra toda lógica. Les ruego que ustedes dos permanezcan aquí y ayuden en lo posible a mi copiloto con el pasaje.

—¿Dice que no hay nadie en el aeropuerto?

—Exacto. Y tenemos que averiguar por qué. Vamos, profesor Merrill.

CAPITULO IV

Larry Gould caminó lentamente por el amplio y solitario vestíbulo. Todo, mostradores, dependencias, cafetería..., aparecía silencioso y deshabitado. Ni rastro de presencia humana por ninguna parte.

A su lado murmuró Alfred Merrill:

—Parece una pesadilla de terror.

—Estamos despiertos, Merrill. Tiene que haber una explicación lógica para todo esto y debemos encontrarla antes de que acabemos todos locos. ¿Se imagina las consecuencias que podría tener esto?

Merrill miró en derredor indicando los objetos que se encontraban sobre mostradores y mesas.

—Da la sensación de que la gente ha desaparecido instantes antes de nuestra llegada.

Asintió Larry fruncido el entrecejo.

—Ya lo advertí. Es como si algo misterioso y terrible los hubiese hecho desaparecer en pleno trabajo. Opino que deberíamos dar una vuelta por la ciudad. Puede que encontremos a alguien que pueda traer un poco de luz a nuestros cerebros.

—Lo dudo, Gould.

—Algo habrá que hacer, ¿no?

Merrill se masajeaba el mentón meditativo.

—La clave de todo tiene que estar en el tiempo que permanecemos a treinta mil metros de altitud. Algo terrible ha sucedido en el mundo durante ese período de tiempo.

Larry lo miró fijamente pálido el semblante.

—¿Está diciendo que nos encontramos solos en esta parte del mundo, profesor?

Merrill sacudió la cabeza con desaliento.

—En esta parte del mundo, no, Gould. Me temo que nos encontramos solos en el mundo entero.

Durante unos largos segundos Larry no pudo articular palabra. El silencio gravitó sobre los dos hombres como una enorme y pesada losa que los sepultara en vida.

—¡Eso es imposible...! —exclamó ronco.

—Será fácil comprobarlo. ¿Dónde podemos encontrar una emisora potente?

—Hay una en este mismo aeropuerto.

—¿Sabe utilizarla?

—Desde luego.

Merrill cabeceó afirmativamente.

—Muy bien, vaya a ella e intente establecer contacto con todas las ciudades que desee. Me temo que resultará infructuoso.

—De acuerdo. ¿Qué hará usted mientras tanto?

—Seguiré inspeccionando los alrededores y puede que me dé una vuelta por la ciudad. Nos reuniremos aquí mismo dentro de treinta minutos, si le parece.

—Entendido.

Larry se dirigió a grandes zancadas hacia el lugar donde estaba situada la emisora de onda corta. Los increíbles hechos de las últimas horas martilleaban su cerebro amenazando con hacerlo estallar.

Necesitaba alguna realidad tangible donde poder aferrarse, por pequeña que fuese. Algo que derrumbara aquel maleficio de continuos absurdos que iban a desquiciar su mente.

Alfred Merrill caminó despacio hacia la salida del aeropuerto.

No le aterraba lo que allí estaba sucediendo. No podía negar que al principio se sintió sobrecogido, pero ahora ya no. Se imponía en él la curiosidad científica. Le constaba que todo aquello resultaba insólito e imposible.

Su cerebro privilegiado se afanó en encontrar un dato, una pista que lo condujera a una explicación plausible, mientras abandonaba el vestíbulo y salía a la parte delantera del edificio central.

Vio una larga hilera de coches estacionados frente a la salida. La mayoría de ellos taxis. Su mirada recorrió la vasta explanada asfaltada con la inútil esperanza de descubrir alguna persona.

Se aproximó al primero de los coches y posó el dorso de la mano sobre la plancha del capó.

En sus labios floreció una sonrisa, marchita ya antes de acabar de formarse.

El calor que aún conservaba la chapa, le confirmó que aquel automóvil había sido utilizado por alguien no hacía más de media hora. ¿Quién lo había utilizado? ¿Dónde estaban sus ocupantes?

Durante una fracción de segundo pensó que todo formaba parte de una pesada broma y en cualquier momento aparecerían las personas riendo y vociferando. Una helada ráfaga hizo estremecer su cuerpo e introdujo las manos en los bolsillos del gabán echando a andar por la ancha acera.

Súbitamente algo cruzó por su mente y se detuvo mirando hacia el coche situado a su altura.

Fue hasta la portezuela del conductor y abriéndola se sentó tras el volante. La llave de contacto estaba en su sitio y alargó la mano accionándola.

El motor ronroneó poniéndose en marcha.

Maniobró Merrill sacándolo del estacionamiento y poco después lo lanzó raudo en dirección a la ciudad.

Dejó atrás el enorme estanque rodeado de floridos parterres. Todo intacto, sin el menor vestigio de violencia, de destrucción. Y, sin embargo, solitario, abandonado, sin rastro de vida...

Estuvo más de diez minutos rodando por las grandes avenidas de la siempre populosa ciudad. Las luces permanecían encendidas, incluso la de los adornados escaparates. Cientos, miles de coches estacionados junto a las aceras. Todo en orden excepto en una cosa: la soledad seguía siendo abrumadora.

En todo su recorrido no advirtió el menor signo de destrucción. Los edificios apuntaban al cielo majestuosos como pétreos gigantes, testigos mudos de la tragedia.

Frenó Merrill el auto y apoyó los brazos en el volante,

echando la cabeza sobre ellos.

De su garganta brotó incontenible un ronco sollozo.

Ya no era un científico atraído por un hecho incomprensible para la mente humana.

Poco a poco, sus nervios se habían ido tensando y resultaba lógica y humana la explosión de congoja estallando dentro de su agitado pecho.

Miró el reloj de pulsera.

Puso el auto de nuevo en marcha enfilándolo hacia el aeropuerto después de lanzar una última mirada a los terriblemente silenciosos edificios.

No por intuirlo con anterioridad, resultaba menos angustiada aquella inmensa soledad, donde un reducido grupo de seres humanos se habían convertido milagrosamente en los únicos supervivientes de un exterminio incruento de la humanidad.

* * *

Larry Gould dejó caer los auriculares desalentado. Dio varios manotazos a los interruptores desconectando la emisora.

Apoyó los codos en el tablero y sepultó el rostro entre las manos sintiendo un nudo en la garganta. Tenía razón el profesor Alfred Merrill.

Durante más de media hora había intentado establecer contacto con otras ciudades. Al principio lo hizo serenamente, después sus movimientos fueron frenéticos, desesperados. Todo inútil, nadie respondió a su angustiada llamada.

Washington, San Francisco, Chicago, Austin... Incluso

probó con México, Buenos Aires, Río de Janeiro. Nadie contestó en parte alguna del continente.

Tampoco Londres, París, Bonn..., resultó infructuoso todo cuanto hizo por escuchar una voz humana que respondiese alentando sus esperanzas, al tiempo que disipaba la creciente desesperación que lo embargaba.

Mecánicamente, como un autómatas, se incorporó encaminándose al vestíbulo donde ya lo esperaba Merrill.

Confió en que éste hubiera encontrado algún indicio que pudiese conducir al esclarecimiento del agobiante misterio.

Apenas entrar en el vestíbulo comprobó que el profesor Merrill no le podría aclarar nada.

Durante unos segundos permaneció estático, paralizado.

Luego echó a correr hacia el cuerpo yacente en el centro del enorme *hall*.

Llegó a unos pasos del cadáver y se detuvo con los ojos desmesuradamente abiertos por el horror.

El cuerpo de Alfred Merrill aparecía retorcido y con los dedos de las manos agarrotados. El rostro plasmaba un rictus de infinito sufrimiento que se debió grabar en sus facciones antes de que la muerte lo sorprendiese.

Pero lo más terrible de todo era el color de su piel; verde intenso, lo mismo que el círculo de aproximadamente tres metros que circundaba al cadáver.

Un círculo de una especie de espuma verdosa que seguía extendiéndose lentamente sobre el suelo...

CAPITULO V

Meditó Larry en todos los hechos acaecidos en las

últimas horas y tuvo ya la certeza de que tenían que enfrentarse a algo sobrenatural. En las próximas horas, días quizá si lograban sobrevivir, los supervivientes del avión iban a tener que luchar desesperadamente por conservar la vida.

Pero, Luchar..., ¿contra quién? ¿Qué mente diabólica movía los hilos de la horrenda pesadilla?

Se dijo que en lo sucesivo no se sorprendería por nada de lo que viese, simplemente se limitaría a defenderse con las uñas y los dientes si llegaba a ser preciso.

La espuma de intensa tonalidad verdosa seguía avanzando lentamente, pero sin pausa, por el brillante suelo del vestíbulo. Le pareció observar que hervía burbujeante en las partes que contorneaban el cadáver de Merrill.

Súbitamente se estremeció en lo más profundo de su ser.

Los pies y la mano derecha de Merrill habían desaparecido del cuerpo, tragados por aquella maldita espuma. Debía de ser un ácido altamente corrosivo a pesar del inofensivo aspecto.

Fijó su atención en el cadáver y después de poco más de un minuto pudo advertir que la verde espuma subía por el brazo derecho del profesor, haciéndolo desaparecer.

Calculó Larry que si la nauseabunda espuma o lo que fuese seguía el mismo ritmo de avance, tardaría casi una hora en ocupar todo el suelo del vestíbulo.

Decidió que no se podía ocultar por más tiempo lo que sucedía a los pasajeros del avión que él había pilotado hasta Nueva York. Cada persona es libre de elegir su propio destino.

Apenas llegar a la explanada donde se hallaba el «DC-9» le salieron al encuentro Doug Bradford y el profesor Razin.

El primero avanzó rápido al divisarlo.

—¿Qué está sucediendo, Larry?

El capitán aguardó hasta que el ruso llegara a su altura para responder:

—Estamos solos en el planeta.

Doug abrió unos ojos como platos.

—¿Qué...?

En cambio el ruso no parecía sorprendido. Más bien parecía que esperase la noticia.

—¿Dónde se quedó Merrill, capitán?

Extendió Larry el brazo señalando Hacia el vestíbulo.

—Está allí en el suelo. Muerto.

Ahora sí se sorprendió el profesor ruso.

—¿Muerto? ¿Cómo ha ocurrido?

Larry encogió los hombros.

—Lo ignoro, profesor. Vaya usted mismo y eche un vistazo mientras mi copiloto y yo desembarcamos a los pasajeros —ya se alejaba Boris Razin en la dirección indicada por el capitán, cuando éste llamó—: ¡Profesor!

Se detuvo el ruso girando la cabeza.

—Diga.

—Verá un líquido espumoso alrededor de lo que quede del cuerpo de Merrill. Procure mantenerse alejado de él. Me temo que «eso» fue la causa de su muerte.

—¿Un líquido espumoso?

—En efecto. De un color verde intenso. No escatime precauciones y si advierte alguna anomalía no dude en correr hacia aquí.

Asintió grave Boris Razin.

—De acuerdo, así lo haré.

—Vamos nosotros con los pasajeros, Doug. Habrá que

actuar con energía si queremos evitar que cunda el pánico.

Doug Bradford acompasó la marcha a la zancada de su jefe.

—¿Estás seguro de lo que dijiste, Larry?

—Completamente, Doug.

—¡Es terrible...!

—Debemos conservar la calma, muchacho.

—Eso es muy fácil de decir, jefe. Ya veremos lo que ocurre cuando se lo digamos a esa gente. ¿No estarás equivocado, Larry?

Se frenó el capitán poniendo una mano sobre el hombro del copiloto. Le sonrió tratando de infundirle ánimos.

—Puedo asegurarte una cosa, Doug; si hay algún ser humano con vida en el mundo, desde luego no tiene una emisora a mano. He intentado durante media hora establecer comunicación con alguien y todo fue inútil.

—Pueden existir barreras magnéticas que impidan el contacto, ¿no?

Larry entornó los ojos mirándolo fijo.

—¿De dónde sacaste la idea?

Doug se rascó la cabeza.

—Bueno..., escuché que Malone y Razin dialogaban apartados del resto. Me acerqué y sólo pude escuchar algo referente a barreras magnéticas. No sé cómo se me ha ocurrido asociarlo.

Larry se masajeó pensativo el mentón.

—¿No pudiste escuchar nada más?

—Cambiaron el tema cuando llegué junto a ellos. Se interesaron en ti y Merrill.

—Conque los supersabios creen que estamos rodeados por barreras invisibles, ¿eh?

—Tendrás que preguntárselo a ellos, jefe.

—Lo haré, Doug.

Continuaron andando hacia el avión.

Cuando Larry penetró en el interior, después de haber ascendido por la escalerilla que el propio Doug se encargó de instalar junto a la puerta, todas las miradas convergieron expectantes en él.

Denise se aproximó rozando los labios fugazmente en su mejilla.

—¿Es grave la situación, cariño? —susurró.

—Me temo que sí, Denise.

Los viajeros se apelotonaron en el pasillo y comenzaron a lanzar nerviosas preguntas:

—¿Hasta cuándo nos van a tener aquí, capitán?

—¿Qué está pasando ahí fuera?

—¡Tengo un asunto urgente por resolver!

Larry alzó las manos extendidas pidiendo calma y cuando al fin se hizo el silencio, se enfrentó a ellos mirándolos con fijeza a los ojos y comenzó a hablar pausado:

—Tendrán que reunir toda la serenidad de que sean capaces. La situación es verdaderamente insólita y trágica.

Los instantes que siguieron a las primeras palabras de Larry fueron de sepulcral silencio.

El cómico Beirne, próximo al capitán, inquirió, fruncido el entrecejo:

—¿Qué ocurre, capitán?

—No voy a dar rodeos aunque algunos me tachen de brutal —Larry dedicó una ojeada al científico Malone—. Considero que finalmente acabarán por saberlo y es mejor que sea cuanto antes.

—Dígalos sin rodeos —apremió Beirne.

—Está bien. Tengo motivos sobrados para asegurar que somos los únicos habitantes de la Tierra.

Los pasajeros reaccionaron en forma distinta ante la terrible noticia que escuchaban de labios del capitán Larry Gould.

Forrest Beirne cayó sentado en su asiento y se llevó la diestra a la boca apretando con fuerza. Bizqueó nervioso varias veces y después comenzó a reírse silencioso.

Un tipo gordo y sonrosado con aspecto de representante de comercio abrió el maletín de mano y sacando un frasco de *scotch* lo vació de un tirón sin pestañear. El licor no consiguió borrar la mueca de terror grabada en su redondo rostro.

El joven matrimonio de negros se cogieron las manos empezando a rezar quedamente.

Una señora emitió un prolongado pitido que terminó en sostenido alarido, desorbitando los ojos.

Avanzó la azafata Carol abofeteando el rostro de la mujer y tratando de calmarla con suaves palabras, una vez pasado el primer instante de lógico miedo cervical.

Después de unos segundos, algunos pasajeros se lanzaron frenéticos a los equipajes de mano y trataron de ganar la salida. Los contuvo Larry con energía viéndose incluso obligado a soltar un trallazo en la mandíbula de un tipo fuerte y de ancho cuello, que alzó el puño dispuesto a golpearlo por interceptar la salida.

Rezongó torcido el gesto Malone:

—Sus palabras han sido insensatas, capitán.

—Lo siento, profesor. Estas personas tenían derecho a saber lo que pasaba.

—Ahora los domina el pánico. Le aseguro que serán un estorbo en todo lo que se pretenda hacer.

Forrest Beirne se levantó del asiento y se acercó sonriente a Larry poniéndole una mano sobre el hombro. Le guiñó un ojo haciendo un gesto de complicidad.

—Vaya broma nos ha gastado, ¿eh, capitán?

—Lo que dije es cierto, Beirne.

—¿Si? —el cómico compuso mi gesto de perplejidad sin saber qué decir. Luego volvió a sonreír escéptico—. Y somos los únicos supervivientes de la Tierra, ¿no?

—Eso creo.

—Y según usted, la humanidad..., ¿adónde ha ido a parar?

Larry encogió los hombros ambiguamente.

—Lo ignoro.

—O sea, que han desaparecido sin dejar rastro, ¿eh?

Larry hizo un gesto de impaciencia.

—Voy a decirle algo, Beirne. La ciudad de Nueva York está desierta. Intenté establecer contacto con otras ciudades utilizando una emisora y fracasé. Es todo cuanto puedo decirles. Y añadiré que me considero responsable de ustedes mientras no abandonen el avión. Desde el instante en que salgan al exterior, serán dueños de su propia suerte. Y esto último va por todos.

La sonrisa sarcástica se había borrado en los labios de Beirne y ahora inquirió tensas las facciones:

—¿Y las explosiones?

—¿Qué explosiones, Beirne?

—Las que hicieron desaparecer a la humanidad. Supongo que no nos hará creer que ha desaparecido por arte de magia...

—No pretendo hacerles creer nada, Beirne —masculó tajante Larry—, Me he limitado a exponer los hechos.

El profesor Samuel Malone se incorporó viniendo junto al joven.

—Es posible que alguno de ustedes me conozca o por lo menos haya escuchado hablar de mí —empezó a decir aplomadamente mientras paseaba la mirada por los presentes—. Soy el físico inglés Samuel Malone y al igual que mis colegas Merrill y Razin de Rusia, hemos venido a los Estados Unidos con la idea de asistir a un congreso espacial. Ante todo les aconsejo calma y les ruego me escuchen con atención. Vuelvan a sus asientos y traten de mantenerse serenos ya que ningún peligro inminente gravita sobre nosotros por el momento.

Las serenas palabras del científico tuvieron la virtud de apaciguar en parte los exaltados ánimos de los pasajeros. Siguió diciendo Malone después de comprobar que la mayoría permanecían atentos:

—El pánico a nada conduce y puede complicar considerablemente todo cuanto ensayemos por librarnos de la situación actual. Como les ha dicho el capitán Gould, parece ser que se han volatilizado los habitantes de la Tierra. Este hecho les parecerá increíble y absurdo, lo mismo me ocurre a mí. Es más; me consta que eso es imposible. Nos encontramos ante una situación extraña para la cual los hombres de ciencia no tenemos aún respuesta —Malone hizo una pausa—. Pero quiero garantizarles algo: nada sucede jamás sin una explicación más o menos lógica y vamos a intentar descubrir esa causa con la ayuda de todos ustedes. Colaborarán con nosotros acatando las órdenes del capitán Gould.

Los pasajeros parecían ya más calmados y un poco resignados a su suerte. Al guardar silencio Malone preguntó uno de ellos:

—¿Es posible que nos hayan atacado desde otro planeta, profesor Malone?

—Es una posibilidad, aunque yo personalmente me inclino a descartarla.

—¿Por qué?

—En la misma situación que nosotros, es decir, volando en reactores se hallarían muchas otras personas. ¿Por qué razón iban a escogernos precisamente a nosotros para dejarnos vivir?

—A lo mejor quieren utilizarnos como conejillos de India —sugirió el tipo de faz rubicunda.

Sam Malone sacudió la cabeza negativamente.

—Lo dudo. Unos seres con poderío suficiente como para barrer a todos los seres vivientes de un planeta en el intervalo de unas horas, no hubiesen tenido necesidad de montar esta angustiosa farsa. No, no creo que exista intervención extraterrenal.

Larry empezó a sospechar que Samuel Malone estaba engañando a los pasajeros, con el propósito de conseguir infundirles sosiego. Se abstuvo de manifestarlo porque lo estaba consiguiendo con su flema y seguridad en sí mismo.

Se alejó unos pasos mientras el profesor continuaba dialogando con ellos.

Denise fue tras él.

Llegaron al compartimiento de cola y allí permanecieron unos segundos mirándose mutuamente a los ojos. No hacían falta palabras para expresar lo que ambos sentían.

Larry abrió los brazos y Denise se refugió en ellos

apretándose con fuerza a él. Se besaron largamente y luego el joven acarició los cabellos de la muchacha en ademán casi maquinal.

Apoyó Denise la frente en el hombro masculino.

—¿Qué sucederá, Larry? —musitó, queda.

—Es curioso, hasta ahora nos hemos preocupado de todo cuanto ha sucedido. Nadie ha mencionado lo que puede ocurrirnos en el futuro inmediato.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, cariño. Nadie puede saberlo.

—No me importa lo que nos pase si estamos juntos, Larry. Quiero estar a tu lado en todo momento.

Había angustiosa ansiedad en las palabras de Denise y Larry volvió a apretarla contra su pecho.

—Estaremos juntos y seguiremos la misma suerte, amor mío. Te lo prometo.

En aquel momento se escuchó con nitidez el estampido de un disparo procedente del exterior.

Pensó Larry en Boris Razin y soltó a Denise precipitándose a la salida. Allí se hallaba ya Doug Bradford mirando al exterior en compañía de Malone.

—¿Qué fue eso? —preguntó Larry.

—Parece que ha sonado un disparo en el vestíbulo donde dejamos a Razin —explicó Doug—. Puede estar en problemas.

Larry miró al científico.

—Continúe charlando con los pasajeros, profesor Malone —dijo—. Está consiguiendo tranquilizarlos y eso es bueno. Procure que no bajen de aquí mientras voy a echar un vistazo.

Sam Malone lo retuvo por el brazo.

—¿Dónde está Merrill? —inquirió en tono bajo.

—Muerto —respondió Larry en la misma forma.

Malone parpadeó asombrado y el joven puso una mano en su hombro.

—Muchas vidas pueden depender de nosotros, profesor. Están pendientes del menor atisbo de flaqueza y no podemos permitirnos el desaliento. Sería perjudicial.

El científico asintió en silencio.

Larry se lanzó escaleras abajo sacando la pistola del bolsillo de la cazadora.

Doug Bradford corrió tras él alcanzándolo cuando cruzaba la explanada.

Antes de que alcanzaran la entrada, nuevos disparos crepitaron procedentes del interior del edificio.

CAPITULO VI

Los dos jóvenes Irrumpieron a la carrera en el vestíbulo.

Boris Razin alzó ambos brazos a unos metros de la entrada conteniéndolos.

—¡Quietos donde están! —gritó—. No den ni un paso más.

Buscó Larry con la punta de la pistola a un posible enemigo en el vasto hall que continuaba desierto. Advirtiéndolo movió negativamente la cabeza el científico ruso.

—No se moleste, capitán. Esa pistola es inofensiva contra lo que vamos a enfrentarnos.

—Sonaron disparos y creímos que lo atacaban.

—No fueron disparos, capitán —extendió Razin el índice señalando el suelo—. Observen esas esferas de color

verde distribuidas por el suelo de la sala.

Obedecieron los dos amigos y fruncieron el ceño.

Sobre el pavimento pudieron ver unas esferas del tamaño de una naranja que parecían de cristal. Estaban separadas entre sí por unos cinco metros de distancia y cubrían hasta el último rincón del vestíbulo.

La gran mancha de espuma verdosa que seguía avanzando inexorablemente, tenía ahora una corona de pequeños círculos de tamaño no superior al metro y medio.

El cadáver de Merrill había desaparecido por completo.

Doug Bradford contempló fascinado el brillante color verde de las esferas y se inclinó alargando la mano.

—¡No la toque! —rugió el ruso—. Se desintegraría en el espacio de unos minutos.

Doug dio un rápido paso atrás.

—¡Sopla...!

Larry miró fijo al científico ruso.

—¿Qué son estas pequeñas bolas, profesor?

—Contienen una especie de lava desintegradora de la materia. He verificado que tienen un campo de acción de un metro aproximadamente. Cualquier cosa o persona que se sitúe dentro de ese radio las hace estallar y acaba desintegrado por la lava.

Larry miró con atención las esferas mientras Doug comprobaba que se hallaba a una distancia protectora.

—Es más —siguió explicando el científico—. Estoy convencido de que nadie en la Tierra puede haber descubierto este extraordinario cuerpo antimateria.

—¿Qué trata de decir?

Razin encogió los hombros haciendo un gesto de resignación.

Los dos amigos se miraron perplejos y fue Larry el primero en reaccionar:

—¿Está seguro, profesor?

—Completamente.

—¿Y cómo explica que hayan desaparecido todos los seres de nuestro planeta? —arguyó Larry—. Esas esferas verdes acaban de aparecer. No estaban aquí hace un instante y, sin embargo, Nueva York aparecía ya deshabitada.

—Eso constituye un misterio y es posible que no vivamos lo suficiente para explicarlo. Tampoco sabemos si existen otros seres diseminados por la Tierra.

—Ya lo comprobé por radio.

—No, capitán. Para ser más exactos, usted comprobó que nadie respondió a su llamada —Razin hizo una pausa—. Supongamos que sobreviva alguien en algún apartado lugar del globo. ¿Está seguro de que estuviese en condiciones de contestar a su llamada?

Intervino Doug señalando las esferas:

—Con procurar no situarnos a la distancia que las haga estallar, podemos escapar con vida de aquí.

El científico ruso lo miró sonriendo desganado.

—Me temo que esas esferas se encuentren ya en toda la superficie del planeta.

—¿Qué sugiere usted, profesor? —inquirió Gould.

Razin abrió las manos haciendo un ademán ambiguo.

—De momento opino igual que su copiloto, capitán. Hay que salir de aquí cuanto antes. Lo seguro, es que acabaremos desintegrados por esta lava.

Doug lo miró colérico.

—Se pinta solo para dar ánimos, ¿eh, profesor? —rezongó—, Como se le ocurra decírselo a los pasajeros habrá

quien dé veinticuatro barrigazos para encontrar un agujero.

—¿En qué funda su fúnebre convicción, profesor? —preguntó Larry mirando a los ojos del hombre de ciencia.

El ruso se giró hacia la gran mancha de lava que avanzaba por el suelo antes de responder.

—Podrán comprobarlo por si mismos dentro de unos minutos. Justo el tiempo que tarde la lava en ponerse en contacto con las esferas circundantes.

—¿Qué ocurrirá entonces? —quiso saber Doug—. Le prometo que ya estoy bastante asustado para encima tener que aguantar suspense, profesor.

—Las esferas estallarán, Doug —aclaró Larry—. Eso es lo que Razin desea que veamos.

—¿Y si nos salpica una de ellas?

—Eso no ocurrirá —aseguró el profesor—. Ya .les dije que la lava no se extiende más de un metro en principio.

—Por si acaso yo preferiría...

—Aguarda a que lo veamos, Doug. Es conveniente el máximo de conocimientos que podamos adquirir sobre las esferas. Puede hacernos falta en el futuro.

—Para lo que nos va a servir...

—No seas pesimista, hombre. Se hallan con nosotros dos hombres de ciencia y pueden encontrar una solución para combatirlos. Por mi parte no me resigno a huir hasta que nos llegue la muerte. El ser humano siempre ha luchado por superarse.

Doug lanzó una mirada de mal disimulado desdén al ruso.

—Como el otro tenga el mismo ánimo que este, estamos aviados, jefe.

—Guarden silencio y observen —pidió el ruso—. El

borde de la lava casi las alcanza ya.

Efectivamente, la espuma verdosa se hallaba a escasos centímetros de las esferas más próximas. Durante unos tensos y largos segundos, las miradas convergieron en el borde deslizante.

Simultáneamente llegó la lava a siete esferas. En el intervalo de escasas décimas de segundo fueron estallando en explosión parecida a un disparo. Después del estallido, la lava verdosa comprimida en el interior de las esferas se desparramaba por el suelo formando un círculo de aproximadamente un metro de diámetro.

—¿Qué ocurriría si nos salpica esa espuma verde, profesor? —quiso saber Doug.

—Moriríamos en el acto.

—¿Cómo puede saberlo?

—Eso fue lo que debió sucederle a Merrill.

Larry movió la cabeza dubitativo masajeándose el mentón.

—Con anterioridad a la muerte del profesor Merrill no escuché ninguna detonación.

—Quizá se hallaba demasiado inmerso en su afán de establecer contacto con otros puntos de la Tierra y no lo advirtió.

—¿Y nosotros? —insinuó Doug—. Tampoco escuchamos ningún disparo y desde el avión debió oírse.

—Opino que hay otra explicación, Razin —dijo Larry—, Hace un instante han reventado siete esferas y me ha parecido que sólo crepitaron cinco explosiones.

—Es posible que algunas de ellas sean silenciosas —admitió el ruso—. Por ahora lo desconocemos.

—Sería del género idiota quedarse a comprobarlo —

rezongó impaciente Doug—. Cuanto antes abandonemos este maldito infierno verde, será mejor para todos. ¡Y pensar que siempre fue el verde mi color favorito! En cierta ocasión me aseguró un astrólogo que ése era mi color de la suerte. Santa Lucía le conserve la vista al muy bandido.

—Doug tiene razón, Razin. Debemos abandonar esta ciudad cuanto antes.

—Esperen. Me gustaría que presenciaran otra cosa.

—Creeré a pies juntillas lo que me diga sin necesidad de verlo, profesor —aseguró Doug, bastante nervioso—. No perdamos más tiempo aquí, caray. Pronto vamos a tener que saltar como canguros para no pisar las simpáticas bolitas.

Larry hizo un ademán deteniendo a su copiloto.

—Adelante, profesor.

El ruso señaló hacia un extremo del vestíbulo. Justo hacia el lugar donde estaba instalada la cafetería.

—Traigan algunos objetos de allí. Cualquier cosa puede servir, un taburete, una mesa..., no importa lo que sea ni el tamaño.

Doug observó las múltiples esferas que se hallaban esparcidas por el suelo en el trayecto de la cafetería.

—¿Por qué no va usted mismo, tío listo? —masculló con un destello rencoroso en sus pupilas.

Lo atajó Larry con energía recriminatoria.

—Estás perdiendo los nervios y eso es fatal, muchacho —habló duro—. Iré yo mismo, profesor. Disculpe a mi nervioso copiloto que según sus propias palabras es amante de las emociones fuertes.

—Pero hasta cierto límite, diablos.

Larry fue a la cafetería procurando cruzar apartado de las temibles esferas. Regresó sin novedad portando un

taburete y un cilíndrico recipiente metálico de irnos sesenta centímetros de altura.

—¿Qué quiere hacer con esto? —inquirió mirando al científico ruso.

—Arrójelo usted mismo sobre la lava. Procure no acercarse demasiado a ella.

—Descuide. Soy el primer interesado en seguir viviendo.

Larry lanzó primero el taburete que fue a caer sobre la pastosa materia de unos centímetros de espesor.

Los dos pilotos contemplaron cómo se iba derritiendo el taburete al contacto con la lava. Fue algo similar a lo que le ocurre a un terrón de azúcar cuando vertimos agua caliente sobre él. En pocos segundos desapareció por completo.

Larry golpeó con los nudillos el metálico recipiente.

—¿Ocurrirá lo mismo con el acero?

—Compruébelo —sonrió el ruso.

Larry obedeció e inmediatamente desapareció también el recipiente desintegrado por la lava.

El científico ruso seguía sonriendo con suficiencia y le lanzó una furibunda mirada Doug.

—Qué bonito es eso, ¿eh, profe? Parece un número de prestidigitación la mar de gracioso.

Boris Razin lo miró severamente.

—Su copiloto parece culparme de lo que está pasando, capitán. Por mí parte me he limitado a delatar lo mortíferas que pueden ser para nosotros esas esferas.

—Le ruego una vez más que lo disculpe, Razin —pidió ceñudo Gould—. Y tú, Doug, deja de una vez los comentarios sarcásticos que están fuera de lugar.

Inclinó la cabeza el copiloto inquiriendo:

—¿Nos largamos ya, jefe?

—Sí.

Razin murmuró unas palabras en su idioma y se giró Larry hacia él.

—¿Qué ha dicho, profesor?

El ruso encogió los hombros.

—Estoy de acuerdo en marcharnos. Aquí nada podemos hacer ya.

Los tres hombres se pusieron en marcha hacia la salida y en el instante en que la alcanzaban vieron venir a varias personas corriendo alocadas.

Denise Logan fue la primera "en llegar junto a ellos y se arrojó a los brazos de Larry sepultando la cabeza en su pecho. Empezó a sollozar histérica y palmeó el joven la espalda femenina tratando de calmarla—Vamos, vamos, Denise. Tranquilízate y explícanos lo que ha sucedido, muchacha.

No hizo falta que la chica hablase ya que Forrest Beirne se acercó resollando entrecortadamente.

—¡Ha sido horrible...! —empezó a decir presa de gran excitación—. ¡Esa maldita espuma se los ha tragado...!

Larry adelantó veloz la diestra abofeteando las mejillas del actor cómico.

CAPITULO VII

—Trate de dominarse, Beirne —dijo Larry—, Tenemos que saber con exactitud lo que ha pasado.

El cómico se restañó las lágrimas que rodaban por sus mejillas a causa de la bofetada aplicada por el capitán. Inspiró profundamente antes de comenzar a hablar.

—De pronto aparecieron unas bolas verdes en el pasillo y sobre los asientos —dijo sin poder dominar del todo su nerviosismo—. Uno de los negros intentó coger una y la reventó el muy... ¡Fue horrible...! ¡El negro desapareció al caerle encima la espuma verde! ¡Y lo mismo les ocurrió a los demás!

—Tranquilícese, por favor, Beirne —exigió con energía Larry—. Es vital que lo sepamos todo.

—¿Dónde está el profesor Malone? —inquirió Razin.

—Muerto —murmuró Beirne—, Desapareció después del negro.

—¿Y sólo han conseguido salir del avión ustedes? —preguntó asombrado Doug.

Junto a ellos se encontraban únicamente cinco personas. Además de Beirne y Denise, también la azafata Carol, el tipo con aspecto de representante de comercio y un fulano de esquelética figura y rostro caballuno, consiguieron escapar incólumes.

—Es urgente abandonar este lugar, capitán —apremió ahora el ruso poniendo una mano sobre el brazo del joven.

—Carol y yo nos encontrábamos junto a la salida —empezó a decir Denise levantando la mirada hacia su prometido algo más sosegada—. De pronto todo se llenó de espuma y los cuerpos comenzaron a retorcerse en horribles convulsiones. Intentamos ayudarlos a salir y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que iban desapareciendo. Echamos a correr aterrorizadas.

Larry sujetó su barbilla y la besó fugazmente.

—Cálmate, querida. Ya pasó lo peor.

—¡Pero esa espuma...!

—Es lava desintegradora de la materia, Denise —

explicó Larry—. Estamos sufriendo el ataque de seres extraterrestres.

La muchacha agrandó los ojos fijos en él.

—Merrill tardó un periodo superior en desintegrarse, capitán —dijo Boris Razin—, Es muy posible que esas esferas se estén activando y conviene que salgamos de aquí cuanto antes.

El joven apretó los labios intentando dominar sus emociones.

Antes debo comprobar si existen supervivientes,

—Es inútil hacerlo.

—A pesar de todo es mi deber.

El ruso levantó los hombros resignado.

—Adelante. No creo que la situación se agrave por perder unos minutos más. El resultado final es inamovible.

Denise aferró con fuerza la cazadora del joven.

—¡No vayas, Larry! —exclamó con el miedo reflejado en sus lindos ojos—. ¡No quiero perderte!

Doug se hizo cargo de la chica obedeciendo una señal de su jefe y Larry echó a andar hacia el avión.

Mirando hacia el suelo constantemente caminó por la iluminada explanada llegando hasta la escalerilla del avión. Puso el pie en el primer escalón y se quedó inmóvil al levantar la vista.

La verdosa lava emergía ya del interior cubriendo por completo la superficie del último escalón y comenzaba ya a deslizarse lentamente en dirección al siguiente.

Hizo el joven bocina con las manos.

—¿Hay alguien ahí dentro? —gritó.

No escuchó ninguna respuesta procedente del interior de la aeronave. Ni siquiera un gemido logró captar. Repitió la

llamada sin obtener respuesta.

Fue retrocediendo y llegó de nuevo junto a los supervivientes.

—Vámonos de una vez —fue lo único que dijo visiblemente afectado.

Doug Bradford dio un paso al frente.

—¿En qué, jefe?

Extendió Larry el brazo, señalando al fondo de la pavimentada explanada donde se siluetaban silenciosos varios reactores.

—He visto un moderno helicóptero detrás de aquellos aviones. Opino que será lo más indicado, dado el número de personas que somos. Podremos maniobrar con mayor facilidad.

—¿Y si los tanques están vacíos?

—Los llenaremos. Seguro que no habrá cola para repostar y cualquier camión cuba nos servirá.

Dijo Razin:

—Es conveniente que caminemos en fila y adoptando el máximo de precauciones. Observen que también tenemos esferas en este suelo, aunque se encuentran algo más distanciadas entre sí.

Larry asintió sacudiendo la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo. Abra usted la marcha y yo iré en último lugar. Los demás procuren seguir exactamente el mismo camino que el profesor Razin. Y no pierdan la serenidad pase lo que pase.

La comitiva se puso lentamente en marcha.

Afortunadamente para ellos, no tuvieron necesidad de llenar los depósitos del helicóptero. Se hallaban repletos de carburante y Doug Bradford soltó un ruidoso suspiro al

comprobarlo.

Minutos después se elevaban sobre el aeropuerto neoyorquino.

* * *

El helicóptero, un «Augusta-Bell» de reciente diseño con capacidad para quince personas, se movía casi a ras de suelo con el continuo y monótono aleteo de sus aspas.

Lo mantenía Larry a escasa altura y prefería ir salvando los accidentes del terreno. En caso de que aparecieran las verdes esferas en el interior del vehículo trataría de tomar tierra a la mayor velocidad posible.

Eso les permitía vigilar atentamente los contornos sobre los cuales volaban.

Tras un rápido intercambio de criterios entre Razin y Gould, habían decidido dirigirse hacia el Sur.

Hacía un buen rato que el sol asomó sobre las crestas de las lejanas colinas cuando Doug Bradford, sentado junto a Larry rezongó:

—Me da mala espina el color rojizo de las nubes, jefe, maldita sea. Dicen que es de mal augurio.

—No me vengas con idioteces a estas alturas, muchacho. Concéntrate en escrutar lo que va desfilando a nuestros pies.

—Ya lo hago y me dan escalofríos. No he logrado ver ni un solo edificio desde que abandonamos Nueva York, Larry.

El resto de los supervivientes se mantenían tensos tras ellos. De vez en cuando giraba Larry la cabeza y formulaba algún comentario banal en fallido intento por arrancarlos del mutismo en que habían caído desde que Razin los puso al

corriente de lo que estaba sucediendo con todo detalle.

Súbitamente atirantó Larry las facciones y apretó los maxilares volviéndose hacia Doug.

—Estamos sobrevolando Washington, muchacho.

Bradford advirtió el tono grave de su jefe y miró hacia abajo arrugando el ceño. Todo lo que pudo divisar su vista se hallaba cubierto de lava verdosa sin rastro de vida alguno.

—¿Cómo puedes saberlo? Yo sólo consigo ver un enorme mar de esa condenada espuma.

—Mira a tu izquierda.

Obedeció Doug y de pronto sintió que se le erizaban los cabellos al tiempo que un profundo estremecimiento sacudía su espina dorsal. Se pasó la diestra por el rostro y notó en la propia palma el frío sudor que perlaba su frente.

—¡Es espantoso...! —pudo murmurar atónito.

—Ya no podemos sorprendernos por nada de lo que presenciemos, Doug.

Bradford se restregó los ojos incrédulo.

—¿Cómo puede esa maldita lava haber destruido una ciudad entera?

—Me temo que no será la única ciudad que veremos borrada del mapa por la lava —masculló, conteniendo a duras penas el furor que sentía, Larry—, ¿Por qué no aparecerán ante nosotros esos malditos seres que están destruyendo la Tierra?

Boris Razin vino junto a ellos a tiempo de escuchar las últimas palabras del Joven.

—No tienen necesidad de hacerlo, capitán —dijo—. Para ellos es infinitamente más fácil actuar así. Pueden esperar el tiempo que sea para después Invadirnos sin peligro alguno.

—¡Pero... también a ellos puede destruirlos la lava!—No tienen prisa —sonrió tristemente Razón—, Esperarán el tiempo necesario hasta que pierda su efectividad. Luego lanzarán sus legiones de invasión.

Larry le miró escrutando sus facciones.

—¿Podríamos intentarlo nosotros?

—No lo sé.

—Si encontramos un lugar donde protegernos de la lava... quizá el período de actividad no sea duradero.

—Calculo que no será inferior a cincuenta años —confesó sincero el científico, descargando un mazazo sobre los incipientes proyectos del capitán.

—¿Cincuenta años...?

—Por lo menos. Puede ser también superior a los doscientos años.

—Ahora fue Doug el que soltó un resoplido.

—Me temo, profesor..., y perdone, que está usted como una cabra. ¿Cómo iban a esperar doscientos años para invadirnos? Lo encuentro absurdo, de veras.

El ruso le lanzó una severa mirada.

—El tiempo no significa nada en el espacio, jovenzuelo —retrucó silabeante—. Y mucho menos en unos seres tan avanzados como deben de ser éstos.

—Pero...

El científico ruso no le dejó seguir.

—Y en lo sucesivo le ruego que reserve sus impertinentes comentarios en relación a mi persona.

Doug se rascó la cabeza pensativo.

—Perdone, hombre, caray. Yo no quise molestarle.

—Reitero lo manifestado, joven.

Las pupilas del copiloto relampaguearon de súbito.

—Le he pedido disculpas, ¿no?

Intervino Larry, conciliador:

—Déjalo, Doug. Tiene razón el científico Razin.

—Porque es una mente privilegiada, ¿eh? —siguió Bradford excitándose por momentos—. Acabo de ver destruidas millones de vidas de compatriotas míos, Larry. No es el momento adecuado para soportar las regañinas de un sabihondo por muchos estudios que tenga. Si de todas formas vamos a morir, no quiero privarme de decir algunas verdades a estos tíos listos.

Vio Larry brillar significativamente las pupilas de su copiloto y no se atrevió a reprenderle. Alargó la diestra posándola sobre su rodilla y presionó suavemente.

—Tampoco es momento para discusiones, Doug, muchacho.

El científico ruso sacudió la cabeza mientras regresaba a su asiento.

—Los seres humanos no tenemos solución —murmuró para sí—. Aunque sólo quedáramos dos sobre la capa terrestre acabaríamos por disputar como fieras.

Doug Bradford giró la cabeza simulando mirar al exterior.

No quería que nadie viese las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Fruncidos los labios, pensó que era humano atravesar un momento de flaqueza. Larry respetó comprensivo su silencio.

Lo que había sido la ciudad de Washington quedó atrás convertida en un inmenso mar de lava vercosa. Sobre ella sobresalía aún la cúpula del Capitolio, como único testigo de una civilización que se acercaba a su inevitable final.

Y pensó Larry Gould que también para ellos el tiempo

de vida era limitado. Si el carburante del helicóptero se terminaba antes de que encontrasen un lugar donde posarse, estarían irremisiblemente perdidos.

CAPITULO VIII

—¡Eh, Doug! —exclamó Larry, alborozado—. ¡Mira allá abajo, muchacho!

Bradford lo hizo y también lo hicieron todos los demás, sorprendidos por la exclamación del capitán.

—Sigo viéndolo todo verde, jefe —se quejó, desalentado, el copiloto—. Creo que hasta los ojos los tengo ya de ese color. Mi color de la suerte, dijo el muy...

—Es natural que lo veas verde, chico —rió Larry.

Doug arrugó el entrecejo, amoscado.

—¿Si?

—¡Seguro, hombre!

El ceño del copiloto continuó fruncido al mirar fijo a su jefe.

—¿Por qué no me cuentas el chiste, Larry?

Gould lanzó una breve carcajada.

—Se estaba acabando el combustible y por un momento creí que no teníamos escapatoria —confesó sin atisbo de preocupación en su rostro.

Doug achicó aún más los ojos.

—Y ahora la tenemos, ¿eh?

Larry ondeó la mano hacia los cristales delanteros.

—Echa otro vistazo y mira con atención.

Doug obedeció y tornó a sacudir la cabeza pesaroso.

—Verde. Más verde que un campo de alfalfa.

—O un bosque de espesa vegetación, ¿no? La lava quedó atrás hace bastantes millas.

Boris Razin se incorporó nuevamente del asiento acudiendo junto a los dos jóvenes.

—Volamos sobre una zona desprovista de lava, capitán.

Larry asintió:

—Se lo estaba diciendo a Doug. Voy a bajar hasta rozar las copas de los árboles y echaremos un vistazo.

—¿Dónde nos encontramos?

—Lo ignoro, Razin. Me han faltado puntos de referencias para establecer la situación.

—¿Dentro de los Estados Unidos?

—Creo que sí. Posiblemente nos hallemos en Kentucky o Tennessee. Lo peor es que nos queda carburante para unas doscientas millas como máximo. Es urgente repostar si deseamos continuar volando.

—¿Qué sugiere usted?

Larry movió la cabeza dubitativo.

—Se lo diré después de haber echado un vistazo. Bajaré todo cuanto pueda y ustedes procuren escrutar por si descubren algo.

Accionó Larry los mandos y el helicóptero se lanzó de costado hacia el suelo, llegando hasta casi rozar con sus patines las ramas altas de los árboles. Lo mantuvo el joven a esa altura con el furioso aleteo de la hélice principal.

Durante unos minutos voló sobre la vegetación frondosa y todos los pasajeros se afanaron en taladrar con sus miradas la espesura casi impenetrable.

Fue Denise la que exclamó, excitada:

—¡Allí hay una casa, Larry!

Las miradas se dirigieron acto seguido hasta el lugar que

indicaba la muchacha, mientras Larry dirigía el aparato en aquella dirección.

—Se encuentra en un claro del bosque —aseguró, nervioso, Doug.

Larry descendió hasta unos treinta metros sobre lo que parecía ser una granja, situada en una explanada de la vegetación, de aproximadamente una milla cuadrada.

Mantuvo el helicóptero volando en giro sobre la casa mientras inspeccionaban detenidamente los contornos.

—Parece que existe normalidad ahí abajo —murmuró.

—Lo encuentro extraño —dijo Razin.

Doug Bradford estuvo a punto de saltar furioso contra el pesimista ruso, pero se contuvo a tiempo.

—Pájaro de mal agüero —barbotó entre dientes.

De pronto se olvidó del ruso al descubrir algo que se hallaba cerca de la granja. Pegó un salto en su asiento y cogió a Larry por el hombro clavándole los dedos.

—¡Arriba, Larry! —gritó alarmado—. ¡Por tu madre, sube rápido o nos volveremos invisibles!

Todos se giraron hacia él, temerosos. Inquirió el capitán:

—¿Qué has visto, Doug?

Por toda contestación, el copiloto se soltó un puñetazo en la palma de la mano.

—¡Sube de una vez, maldita sea, que la pringamos!

Larry subió unos veinte metros y Doug resolló aliviado. Le miró su jefe arqueadas las cejas.

—Dime ahora lo que has visto, muchacho.

Bradford hizo un gesto significativo con las manos.

—Unas malditas esferas más grandes que mi cabeza. Si llega a estar una de éstas, seguro que nos vamos todos a tomar viento. Si las pequeñas tienen un poder terrorífico,

imagínate estas gigantes...

El científico ruso le dirigió una irónica mirada.

—Su amigo posee una gran imaginación, capitán.

Doug apretó los puños encarándose a Razin.

—¿No me cree? —inquirió, torvo.

—Ninguno de nosotros vio nada —aseguró el ruso, soportándole la desafiante mirada.

—Eso no quiere decir nada. Mi vista es excepcional.

Razin sonrió, desdeñoso.

—Es una pena.

Doug dudó entre soltarle un trallazo al profesor o palmearle cariñoso la mejilla. Al fin, achicó los ojos mirándole fijo.

—¿El qué es una pena, tío listo? ¿Que mi vista sea buena?

—Que su cerebro no esté a la misma altura, joven.

Doug echó el puño hacia atrás y lo contuvo a duras penas al restallar la seca orden de Gould:

—¡Quieto! —luego miró Larry gravemente a los dos—. Me considero responsable del grupo y tomaré las oportunas medidas si persisten en su actitud. No volveré a avisarles.

Durante largos segundos gravitó el silencio en el interior del helicóptero. Lo rompió el propio Larry diciendo:

—Vamos a echar un nuevo vistazo a esas esferas que vio Doug. Miren de concentrarse en la dirección que él indique.

—Puede ser peligroso, jefe —advirtió, ceñudo, el copiloto.

—Debemos correr el riesgo. No podemos seguir sobrevolando esta zona y consumiendo un combustible que nos puede ser vital.

—Opino igual que usted, capitán —apoyó Razin.

En la forma que hizo descender Larry el helicóptero, fue él mismo quien descubrió primero las verdes esferas que su compañero había indicado momentos antes.

A pesar de la tensión reinante, no pudo reprimir la carcajada que brotó incontenible de sus labios, ante el asombro de todos los demás componentes del grupo.

—Conque esferas verdes del tamaño de tu cabeza, ¿eh? —rió.

—¿Ah, no?

—¡Natural que son esferas verdes, hombre!

—Y eso es para mondar, ¿no?

—Eso que tenemos ahí abajo es sin duda una granja, Doug —explicó, regocijándose, Larry—. Y lo que tú has visto son las sandías que cultiva el granjero, so pelma.

* * *

—¿Qué piensa hacer, capitán? —preguntó el ruso.

—Posarme un momento en el suelo. Voy a inspeccionar personalmente los contornos. Es posible que encuentre datos de orientación en el interior de la vivienda.

—Será arriesgado.

—Bajaré yo solo —fue diciendo Larry—, Doug manejará el helicóptero y se elevará nuevamente tan pronto haya descendido yo.

El copiloto inició una protesta que cortó Gould tajante.

—Somos las dos únicas personas que sabemos pilotarlo, Doug. No podemos ir los dos.

—Puedo bajar yo.

El capitán sacudió la cabeza en firme negativa.

—Iré yo.

—¿Y por qué no puedo ir yo?

—Porque soy yo quien da las órdenes y no se hable más.

Ahora fue Denise la que se acercó a Larry posando las manos sobre sus hombros.

—Déjame ir contigo, Larry —pidió—. No podría vivir si algo te ocurriese.

El joven levantó la mirada hacia ella y vio una firme decisión en los prietos labios. Quería a Denise como nunca se imaginó querer a una mujer y comprendía la súplica que leía en sus bellos ojos.

—¿Serviría de algo que me negara? —inquirió suavemente.

Ella movió la cabeza lentamente, brillantes las pupilas y trémulos los labios.

—Quiero correr tu suerte, cariño —susurró.

—De acuerdo —concedió él—. Me acompañarás.

—¿Qué debemos hacer nosotros, jefe? —quiso saber Doug.

Larry tardó unos segundos en responder y cuando lo hizo miró incisivo al copiloto.

—Escucha con atención y obedece al pie de la letra lo que voy a ordenarte, Doug —hizo una breve pausa—. Volarás durante quince minutos en dirección sur, tan pronto hayamos descendido Denise y yo. Es conveniente conocer lo que tenemos más adelante. Luego regresarás aquí y te mantendrás volando sobre la granja hasta que yo te haga señas de que puedes descender y posarte en el suelo.

—De acuerdo.

—Otra cosa; dentro de media hora espero estar delante de la casa y hacerte señales de que no existe peligro. En caso contrario..., te ordeno que te alejes de aquí sin acercarte a

tierra, ¿me comprendes? Bajo ningún pretexto intentes venir a socorrernos. Es una orden, Doug.

Bradford miró largamente a su jefe y luego asintió.

—Entiendo.

CAPITULO IX

El helicóptero se elevó nuevamente en el cielo y en escasos minutos desapareció sobre las copas de los árboles en dirección sur. Larry ondeó la mano en muda despedida.

A su lado, Denise cogió la zurda del joven.

—¿Crees que corremos peligro, Larry?

El joven indicó con un movimiento circular los alrededores.

—No parece que las esferas desintegradoras hayan llegado hasta este Jugar —su mirada se posó en las sandías que vieron desde el aire—, ¿Tienes hambre, Denise?

—Te mentiría si dijese que no. No hemos probado bocado desde ayer. También tú debes sentirla.

—Podríamos comer sandía. Resultan bastante apetitosas.

—Ahora no conseguiría pasar nada por la garganta. Prefiero que revisemos la granja antes. Larry asintió.

—De acuerdo. Comeremos con mayor tranquilidad después.

Extrajo Larry la pistola del bolsillo de la cazadora y avanzó hacia el edificio de una sola planta situado en el centro del claro. Con la zurda sujetaba la mano de la muchacha.

Llegaron hasta la puerta sin que nada alterara la paz que parecía adueñarse del apacible y solitario lugar.

—¿Entramos en la vivienda, Larry?

—A eso hemos venido, ¿no?

—Puede estar habitada y molestarle el propietario por la intromisión.

Gould movió la cabeza en negativa. —Con el ruido producido por el helicóptero hubiera salido al exterior de haber alguien ahí, querida. Está deshabitada con toda seguridad.

Como había predicho Larry, la vivienda se encontraba completamente solitaria. Comprobaron que no se habían equivocado al decir que era una granja, después de recorrer todas las dependencias.

Los muebles rústicos y prácticos, así como los múltiples aperos de labranza depositados en una de las piezas, lo confirmaban. Las dos habitaciones del fondo se destinaban a dormitorios y contó Larry cuatro camas. Una familia de granjeros.

Daba la impresión de que la granja fue abandonada con precipitación por sus dueños. En la amplia cocina que hacía las veces de comedor, observaron la mesa puesta y los restos de comida en los platos.

—Algo debió alarmarles mientras comían —dijo Larry tocando los alimentos—. No hace muchas horas de ello y huyeron de aquí sin perder tiempo más que en empaquetar lo imprescindible.

Denise abrió la puerta de un enorme frigorífico. Se hallaba repleto de víveres.

—¡Mira, Larry!

El joven se acercó comprobando la diversidad de los alimentos.

—Se ve que los granjeros acababan de reponer provisiones. Con todo esto podríamos aguantar dos o tres

semanas.

Denise se giró, mirándole.

—¿Piensas que nos quedemos aquí?

Larry encogió los hombros.

—No lo sé. Dependerá de lo que pueda descubrir Doug en la exploración al sur. Si no encontramos combustible para el helicóptero, no veo la forma de salir de aquí.

—Pero la lava no está lejos y seguirá avanzando...

—Por último, podemos huir a pie. El avance de la lava es lento y nos permitirá establecer suficiente distancia entre ella y nosotros. No te preocupes.

En el silencio que siguió, se aproximó Denise a Larry levantando la vista al rostro de él.

—¿Cómo puede haber sucedido esta horrible pesadilla, Larry? Ayer la vida parecía normal en la Tierra y hoy...

—Se ha hablado infinidad de veces de los profundos misterios que existen en nuestra galaxia, cariño. Sobre todo en los últimos años. Es posible que algún planeta de la galaxia tenga problemas demográficos y necesite expansionarse.

—Sí, pero... ¡nos están destruyendo! Nosotros realizamos exploraciones científicas en planetas vecinos, pero nuestros fines son pacíficos. No atacamos a nadie.

—Actualmente, la Tierra aún no posee poderío suficiente para atacar a ningún planeta cercano, Denise —rebatía Larry—. La problemática puede cambiar dentro de trescientos o cuatrocientos años. Entonces nuestro planeta poseerá mayoría de edad suficiente como para lanzar cualquier ataque contra algún vecino de la galaxia. Sobre todo si el problema demográfico es agobiante.

—Entonces..., ¿tú crees que después de esto vendrá la

invasión de seres extraterrestres?

—Esa es la opinión de Razin.

Denise volvió la cabeza con pesar.

—Quizá no valga la pena sobrevivir —murmuró.

Larry la estrechó en sus brazos besándola en los labios.

—No te atormentes, querida. Nada podemos hacer ya por evitar lo que tenga que suceder. Cumpliremos con nuestra obligación luchando hasta el fin y después... Dios dirá.

Durante unos minutos los dos jóvenes permanecieron estrechamente enlazados entregándose a las mutuas y apasionadas caricias. En la mente de ambos se gravaba con firmeza la idea de que posiblemente era la última vez que lo hacían.

Al fin se separó Larry palmeando cariñoso la mejilla de Denise.

—Voy a echar un vistazo a los contornos. Doug y los otros no tardarán en regresar.

—Te acompaño.

Los dos jóvenes recorrieron la explanada en todas direcciones, examinando cuidadosamente el suelo sin encontrar motivos de alarma. Llegaron hasta el lindero del bosque. Larry levantó la mirada hacia las copas de los altos robles y pinos escrutando las ramas superiores sin descubrir nada anormal.

Giró sobre los talones y cogiendo a Denise por la cintura echaron a andar en dirección a la granja.

—Podemos pasar aquí la noche —dijo—. Veremos lo que ha conseguido averiguar Doug.

—Hay aquí una extraña quietud, Larry —dijo Denise con cierta congoja—. Tengo el presentimiento...

Larry dio un manotazo al aire.

—Olvida eso, cariño. Deja en paz a la imaginación.

—No puedo, Larry. Es más fuerte que yo.

—No sirve de nada atormentarse.

—Lo sé, querido —haciendo un extraordinario esfuerzo consiguió reír débilmente Denise—. En el fondo soy una tonta.

Larry la apretó suave contra sí. —Vamos a dejarlo.

Consultó el reloj de pulsera y levantó la mirada al cielo escrutando con el ceño fruncido. Todo lo que alcanzaba la vista aparecía limpio y de un tono celeste de singular belleza.

—Doug debería estar de regreso —gruñó. —Quizá tuvo problemas...

Cuando llegaban al edificio de la granja vieron aparecer el helicóptero en la lejanía, sobre los árboles. Silencioso y diminuto daba la impresión de un extraño pajarraco.

Poco después llegaba a ellos el ruido monótono de las hélices y se aproximó veloz a la explanada.

Lo inmovilizó Doug Bradford sobre sus cabezas y levantó Larry el brazo haciendo un ademán indicativo de que podían tomar tierra.

Levantando una nube de polvo se posó el aparato en la explanada a unos treinta metros de la vivienda. Aguardó Larry a que se detuvieran las palas una vez desconectado el motor por su copiloto. Luego se aproximó a ellos acompañado de Denise.

Carol fue la primera en descender y se reunió con Denise.

En seguida la siguieron los demás, y en último lugar bajó Doug, que apenas pisar el suelo se dirigió a Larry

hablando excitado al tiempo que gesticulaba con las manos.

—¡Estamos perdidos, jefe! —anunció contrito—. ¡Esto es una maldita trampa de esa gentuza!

Extendió Larry las manos abiertas solicitando calma. —Vamos por partes, muchacho. ¿Qué es lo que habéis descubierto hacia el sur?

—¡Lava! —barbotó Doug—. Lava, y más lava. Este bosque es el único lugar habitable en cientos de millas a la redonda.

—Describimos un círculo alrededor de este bosque, capitán —informó, pausado, el científico ruso—. Se puede decir que esto es un oasis en el centro de un mar de lava desintegradora. Lo hicimos a riesgo de agotar el combustible y no poder regresar.

Larry miró pensativo a Doug.

—¿Cuánto combustible queda en los tanques?

—Ni para encender una fogata. Hubo momentos en que creí que no conseguíamos llegar.

—¿No viste ningún lugar donde poder repostar?

Doug sacudid la cabeza en sentido negativo.

—Todo se encuentra cubierto de lava, capitán Gould —explicó Razón, grave—. Sólo este bosque ha sido respetado, aunque la lava ya empieza a derribar y desintegrar los primeros árboles. No hemos visto ninguna otra casa cerca.

Doug indicó la casa con un movimiento de cabeza.

—¿Has revisado bien el interior, Larry? Estos granjeros guardan a veces gasolina para sus coches y tractores.

—El dueño de esta granja debía tener ideas arcaicas, Doug —respondió el capitán—. Lo hacía todo con su esfuerzo personal a juzgar por las herramientas que tiene ahí dentro.

—¿Y adónde se habrá ido?

Larry hizo un gesto vago.

—Que me registren. Algo debió alarmarles y emprendieron la huida de forma precipitada.

Durante largos segundos todos guardaron tenso silencio mirándose unos a los otros con las facciones crispadas y las frentes llenas de arrugas por la desesperada situación.

Al fin lo rompió Doug dirigiéndose a Gould:

—¿Qué piensas hacer ahora?

El joven se encogió de hombros extendiendo el brazo hacia el interior de la vivienda.

—El granjero tuvo la gentileza de dejarnos repleto el frigorífico. Estamos hambrientos y agotados —hizo una pausa mirando en derredor—. Sugiero que comamos algo y descansemos un poco. Creo que a todos nos hace falta.

El cómico Forrest Beirne dio un paso al frente, furioso.

—¿Supone que podremos comer en esta situación, imbécil? —incredulo a Larry brillantes los ojos.

El joven se giró hacia él y le lanzó una gélida mirada.

—¿Se le ocurre algo mejor, Beirne? —inquirió frío.

—¡No podría pasar por mi garganta ni un grano de arroz! —gritó, exaltado, Beirne—. ¡Eso que dice usted es idiota!

Larry alargó el brazo y clavó el índice extendido en el pecho del nervioso cómico. Apretados los labios silabeó :

—Primera y última advertencia, Beirne. Al siguiente insulto le rompo la crisma de un trompazo, ¿estamos? Beirne inspiró profundamente lívido el semblante.

—Es que...

—¡Cállese! —le cortó Larry, seco—. Usted puede hacer lo que le venga en gana a partir de este instante. Yo voy a

comer un poco y descansar después y los demás pueden hacerlo también si lo desean.

El ruso asintió en lenta cabezada. —Sinceramente, yo también tengo hambre —y se dirigió al interior de la granja.

Doug miró de arriba abajo a Beirne haciendo una mueca desdeñosa al comentar:

—Vaya cómico estás hecho tú, compadre —rezongó—. A las primeras de cambio te portas como una damisela histérica.

Larry siguió al ruso alcanzándole antes de que los otros se decidieran a entrar.

—¿Cuánto opina que tardará la lava en llegar hasta aquí, profesor?

Razin se giró mirándole fijamente al rostro.

—No más de cuatro o cinco días.

CAPITULO X

Depositó Larry algunos alimentos sobre la mesa ayudado por Denise y Carol. Doug mientras tanto encontró una talega con pan casero y fue troceando.

A excepción de Beirne, se situaron todos alrededor de la mesa y empezaron a ingerir los alimentos. Doug movía excesivamente las mandíbulas mirando socarrón al cómico que acabó acercándose flemático a la mesa, después de una breve lucha consigo mismo.

Atrapó un pedazo de jamón y se lo llevó a la boca.

No tardó en prepararse él mismo un bocadillo a ritmo precipitado, sin levantar la vista hacia los otros.

Viendo la saña con que mordía Beirne, sonrió con sorna

Doug Bradford aplicándole un suave codazo.

—Parece mentira que puedas comer algo en estas circunstancias, hombre.

Beirne se limitó a lanzar un gruñido sin prestarle atención.

—A mí me cuesta un trabajo enorme masticar, caray — siguió burlándose el copiloto—. ¿Y a ti, Beirne?

El cómico levantó la cabeza y le miró enarcando una ceja molesto, dejando de comer.

—¿Se puede saber lo que te pasa, jovenzuelo? — refunfuño—. Y a santo de qué ese tuteo.

—Por muchas formalidades que mantengamos acabaremos todos engullidos por esa lava verdosa, hombre.

—Eso no tiene nada que ver —rebatíó, serio, Beirne—. Que yo sepa, nunca hemos comido los dos en el mismo plato.

Doug se echó a reír.

—¿Y ahora qué, actor? No me vengas diciendo que lo que tú haces no es comer...

Intervino Larry cortando la discusión: —Déjale en paz, Doug. El hombre no tiene el sentido del humor a pesar de su profesión.

Beirne lanzó una mirada rencorosa al capitán y se hizo un lío al replicarle:

—¡El que no tiene sentido del humor soy yo... digo, usted!

Boris Razin alzó una mano y reprochó sarcástico:

—Un problema digno de estudio es la humanidad, señores —hizo una pausa girando la vista en círculo sin fijarla en nadie concretamente—. Es muy posible que seamos los únicos supervivientes de la Tierra y aquí estamos

disputando por cosas banales. Conste que me incluyo también entre los extraños animales llamados hombres — sacudió la cabeza con tristeza—. Lamentable, sencillamente lamentable.

El resto de la comida transcurrió en silencio después de las despectivas palabras del científico ruso.

Una vez concluida, estableció Larry turnos para descansar y las dos muchachas fueron a una de las habitaciones. El tipo esquelético que dijo llamarse Perkins y el actor Forrest Beirne fueron a la otra. Se fue con ellos Hooper, el gordo y saludable representante de comercio. Antes de salir manifestó que le bastaba el suelo y una manta para dormir un rato.

Quedaron solos Larry, Doug y el ruso. Paseó meditativo el primero masajeándose el mentón.

—¿Están seguros de que no existe una vía de escape? — inquirió de súbito deteniéndose.

—Volamos en círculo contorneando el bosque, Larry — explicó de nuevo Doug—. No tenemos salida.

—Y dice usted que tenemos cuatro o cinco días hasta que la lava nos alcance, ¿verdad, Razin?

—En efecto —asintió el ruso—. Puede que hasta seis, pero antes de siete días la tendremos en el porche.

Doug encogió los hombros con ademán displicente.

—Ya me he resignado a morir, Jefe. No hay solución para nosotros.

Larry se volvió, mirándole fijamente.

—Yo aún no abandono.

Bradford y Razin le miraron sorprendidos.

—¿No?

—Hay que encontrar una salida —dijo con firmeza el

capitán—. No podemos quedarnos atrapados como ratas.

Razin emitió una risita sarcástica.

—Puede que para esa gente seamos eso mismo, Gould; simples ratas en laboratorios de ensayos. Hasta es posible que estén estudiando nuestra inteligencia y aguante.

Larry apretó los puños crispados los labios.

—Pero..., ¿quiénes son ellos, maldita sea? —rugió impotente—. ¿Por qué no se muestran?

— No tienen necesidad, capitán. Les basta con exterminarnos sin ningún riesgo.

De nuevo gravitó un largo silencio preñado de amenazas sobre los tres hombres. Lo rompió Larry diciendo ya más tranquilo:

—Según ustedes, la lava forma un gran círculo a nuestro alrededor, ¿verdad?

—Eso mismo.

—Y el helicóptero no tiene combustible.

—Ni una gota, jefe —informó Doug—. Unos minutos más en el aire y caemos a plomo.

—¡Tiene que haber una salida!

—Usted no se rinde fácilmente, ¿eh, Gould? —comentó Razin.

—No, mientras conserve algo de vida.

—Yo no he cesado de pensar tratando de hallar una solución —confesó el científico—. Debo confesar no obstante que he fracasado. No se me ocurre nada que pueda servir.

Larry estuvo un rato paseando como una fiera en su jaula. En una de las veces se quedó inmovilizado junto a una de las ventanas con la mirada perdida en el exterior. La expresión de su rostro cambió y dijo, volviéndose:

—Podemos hacer algo.

—¿Qué? —inquirió Doug, mirando sin confianza a su jefe.

—Disponemos de herramientas adecuadas en una de las habitaciones. Podríamos abrir una galería subterránea si nos empleamos con ahínco en la tarea. Somos seis hombres y turnándonos sin descansar podemos conseguirlo.

El científico frunció las cejas.

—Pensé esa posibilidad y la deseché por estimarla inútil. No serviría.

Doug saltó en pie interesado en la idea de Larry.

—Yo no opino igual que Razin, Larry. Eso que dices puede ser la solución.

—Recuerden que esa lava es antimateria —aconsejó el ruso—. Ustedes mismos han visto desaparecer edificios y estructuras metálicas bajo ella.

—Cavaremos hondo a efecto que el techo de la galería esté constituido por la misma tierra —expuso Larry intentando convencer a Razin—. En cinco o seis días podemos hacerlo.

—¿Qué espesor de la capa terrestre resultará dañada por la lava, capitán?

—¿Lo sabe usted?

—Imposible. Eso es una incógnita.

—Estableceremos un techo tan grueso como nos sea posible y correremos el riesgo. Siempre será mejor que esperar aquí hasta que nos sorprenda la muerte cierta.

—No resultará —insistió, terco, Razin.

Doug había empezado a acariciar la idea de escapar y por eso miró con cierto rencor al científico.

—¿Se dan por vencidos con tanta facilidad los de su

raza, profesor?

Razin sonrió irónico devolviéndole la mirada.

—Llevamos muchos años demostrando lo contrario, joven. Soy realista y lo único positivo de esta idea, es que nos mantendremos ocupados y se hará más breve la espera.

Larry se encaró a él.

—¿Qué dificultades encuentra, Razin?

—Muchas.

—Cite una.

El científico asintió haciendo un gesto con ambas manos.

—De acuerdo. Supongamos que construimos la galería. Habrá que dejar un respiradero, ¿verdad? ¿Qué creen que sucederá cuando la lava lo alcance?

—Podríamos taponarlo con la propia tierra.

—Usted lo que propone es sepultarnos en vida, Gould.

—Razin hizo una pausa—, ¿Qué oxígeno respiraremos allí abajo?

—En el helicóptero tenemos algunas botellas de oxígeno. Ese aparato se utilizaba en el aeropuerto de Nueva York en misiones de socorro. Me consta que la idea es un poco descabellada...

—¿Un poco? —interrumpió el ruso—. Vamos, vamos, Gould. Piense con sensatez.

—Estoy tratando de hacerlo, profesor —respondió el joven con gravedad—. No veo otra salida.

—No la hay, Gould. Se lo aseguro.

Durante largo rato le miró Larry en silencio. Al fin encogió los hombros desalentado.

—Es posible que tenga usted razón —murmuró.

—Puede tener la seguridad de ello. Podemos intentarlo si lo desea, pero usted y yo sabemos que no serviría de nada.

Sólo para distraer el pánico de los últimos momentos.

Doug les miró de nuevo descorazonado.

—Si no va a servir de nada yo no pego golpe —dijo con voz apagada—. Voy a buscar las botellas que guarda el granjero y las ocultaré para el último día. Si agarro una melopea soy capaz de zambullirme de cabeza en esa lava. Y pensar que es mi color de la suerte... ¡Si cogiera al tipo aquel a mano...!

Fue hasta una de las ventanas y miró distraído al exterior.

De pronto palideció desorbitando los ojos. Extendió el índice señalando a la explanada.

—¡Lo que nos estaba haciendo falta! —exclamó atónito—. Un par de fantasmas ambulantes.

Larry y Razin se precipitaron en acercarse al copiloto y dirigieron la mirada al exterior.

Sintió Larry un escalofrío incontenible.

Procedentes del bosque avanzaban por la explanada dos personas con pasos tambaleantes. Reconoció en ellas a los científicos Alfred Merrill y Samuel Malone.

Dos muertos que seguían el lento avance hacia la granja.

También se tambaleó Doug poniéndose las manos a la cabeza.

—¡Ay madre, esto no hay ya quien lo soporte!

CAPITULO XI

—¡Fue espantoso...! —comenzó a explicar Merrill tumbado boca arriba en el lecho que ocupara Beirne—. Estalló algo junto a mí cuando me encontraba en el vestíbulo

del aeropuerto. Experimenté una extraña sensación, como si flotara en el aire sin voluntad propia. Después comprendí que era mi mente la que flotaba dominada por una inteligencia superior a la mía. Y lo raro es que mi mente tenía ojos. Vi... cómo se desintegraba mi propio cuerpo en aquel líquido repugnante y nauseabundo del suelo... Quise gritar y no pude...

—Descanse un poco, Merrill —aconsejó Razin—. Más tarde nos lo explicará todo.

—¡No! —gritó Merrill aferrando su brazo—. Tengo que hacerlo ahora. Es preciso.

Rodeando el lecho se encontraban Larry, Doug, Beirne, Razin y Perkins. El gordo Hooper continuaba durmiendo en el suelo sobre una manta, sin enterarse de nada.

En la cama contigua descansaba inconsciente, Sam Malone.

—Está bien —concedió el ruso—. Siga hablando, Merrill.

—Quise alejarme de aquel horrendo espectáculo y no conseguí hacerlo. Tuve que presenciarlo hasta el final, hasta que no quedó ni un átomo de mi cuerpo. Luego caí en un profundo letargo... Toda la vida desapareció a los ojos de mi mente. —Merrill estuvo unos segundos en silencio. Luego continuó hablando—: Desperté ante una enorme pantalla. Era... como una gigantesca televisión. Y lo que allí estuve viendo es aún más horroroso. Primero apareció Londres en la pantalla. Las calles se hallaban cubiertas de ese terrible líquido espeso de color verde. En el suelo se iban desintegrando miles de cadáveres..., el Parlamento se derrumbó con estrépito y fue desapareciendo en el líquido... lo mismo ocurrió con el palacio de Buckingham, el Tower

Bridge... Lo vi todo hasta que Londres se convirtió en una inmensa llanura... ¡Fue espantoso!

—Cálmese, profesor —pidió Larry cogiendo una de sus manos.

Alfred Merrill le miró con los ojos muy abiertos y dando la impresión de que reparaba en él por primera vez, a pesar de que entre Doug y él mismo le habían transportado hasta la cama, cuando le recogieron en la explanada.

Larry levantó la mirada hacia Razin y éste sacudió la cabeza en silencio.

—¡Usted también desapareció, capitán! —aseguró Merrill.

—Yo estoy vivo, profesor.

—¡No! ¡Usted es un cadáver igual que yo! ¡Igual que todos nosotros!

Beirne retrocedió con las facciones blancas como la leche y apoyó la espalda en la pared. Las piernas le temblaban y a duras penas consiguió conservar la vertical.

Doug se pellizcó repetidas veces la mejilla.

Razin alargó la mano palmeando caritativo el brazo de Merrill.

—Ha sufrido una pesadilla, Al —dijo suave—. Le conviene reposar un buen rato.

—¡Lo que vi era real!

—Desde luego, a usted se lo pareció, pero está confundido.

—¡No es cierto! ¡Ustedes presenciaron la desaparición de mi cuerpo en el vestíbulo del aeropuerto!

Razin y Larry guardaron silencio impresionados. Tenía razón Merrill en lo que decía. Todo aquello se escapaba a la comprensión de la mente humana. ¿Hasta dónde llegaría el

terrible poder de los seres extraterrestres que estaban invadiendo la Tierra?

La voz de Merrill les sacó de su abstracción:

—Luego apareció en la pantalla París...; ocurrió igual que en Londres. También aparecieron Moscú, Berlín, Roma, Ginebra... Quería negarme a verlo, pero no podía cerrar los ojos... Millones de personas han desaparecido bajo ese maldito líquido verdoso...

—¡Cállese ya, maldita sea! —estalló sin poderse contener Doug—. ¡No quiero seguir escuchando!

—Vete fuera, muchacho —le ordenó Larry. Luego miró a Beirne y Perkins—. Salgan también ustedes.

—Me crisa los nervios —masculló Doug saliendo, seguido de Beirne.

Perkins se alejó del lecho, pero continuó dentro de la habitación. En su flaco semblante se dibujó una tenue sonrisa apenas perceptible que no fue captada por Larry y Razin. Observaba en silencio todo cuanto ocurría, pero en sus pupilas había un destello entre irónico y despectivo.

—Continúe si le sirve de alivio, Merrill —dijo ahora el ruso.

—Caí en un pozo de infinita negrura —prosiguió débilmente el científico inglés—. No puedo precisar el tiempo transcurrido ni la forma que utilizaron para trasladarme... Me encontré en medio de una espesa vegetación y estuve largo rato contemplándome asombrado a mí mismo... Volvía a poseer cuerpo. Me palpé repetidas veces los miembros antes de echar a andar sin rumbo. No sabía dónde estaba ni cuál era mi destino. Algo misterioso me impulsaba a andar siempre en la misma dirección y no podía ni quería resistirme. Me consta que hay un cerebro

infinitamente superior al nuestro en las sombras...

El científico guardó silencio un instante inspirando profundamente y Larry aprovechó para decir:

—Lo que dice no tiene sentido, Merrill.

Razin le miró reprobador.

—No le interrumpa, Gould, por favor.

Merrill miró a Larry con el rostro desencajado y la mirada febril.

—¿Qué tiene sentido de todo esto, capitán?

—Ustedes son hombres de ciencia. Están dotados de una inteligencia privilegiada...

Razin le atajó con un movimiento de su diestra.

—Esto escapa a nuestro entendimiento, Gould. Carece por completo de una base lógica. ¿No lo comprende? Ante los hechos que están sucediendo, nuestros cerebros se pueden equiparar al suyo. No nos sirven en absoluto los estudios realizados en nuestro campo, ni los múltiples ensayos llevados a efecto en los modernos laboratorios puestos a nuestra disposición.

Gould le lanzó una mirada que a pesar suyo contenía una gran dosis de sarcasmo y reproche.

—¿No pudieron prever que esto ocurriría algún día?

El ruso sonrió tristemente.

—No hubiera servido de nada todos nuestros esfuerzos, Gould. Lo único que podía haber combatido a esos seres sería hallarnos ya en el año 2500. Puede que entonces nuestra ciencia esté tan avanzada como lo está la de ellos ahora.

—¿Y por qué nos destruyen? —preguntó el joven—.

Con su extraordinario poder no tenían necesidad de hacerlo. Les hubiera bastado con darnos una prueba de su

poder. Bastaba con destruir una parte del planeta y la Tierra estaría ahora negociando con ellos sin condiciones. La rendición sería total.

—¿Usted cree?

—A la fuerza. Un hombre adulto no tiene necesidad de matar a un niño para dejarlo indefenso.

—Sus palabras son lógicas, Gould —concedió Razin.

—¿Y Por qué tienen que destruir la Tierra, entonces?

El científico ruso encogió los hombros.

—Nuestro papel en esta terrible comedia es el de víctimas, Gould. Puede que nunca lo sepamos.

Larry apretó los puños con fiereza.

—¡Pues yo no me resigno a morir como un cordero! —masculló con ira mal contenida.

—¿Y qué piensa hacer?

—Para ellos es más fácil destruir y volver a empezar de nuevo —manifestó Merrill, con una serenidad que sorprendió a los dos—. Son seres de una agresividad innata en ellos.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Larry.

—Porque he visto cómo destruían las más importantes ciudades de la Tierra. Millones de cadáveres desintegrados en monstruosa carnicería. Ellos saben que aquí existía una forma de vida. Distinta a la de ellos, pero vida al fin y al cabo. La han destruido sin ninguna misericordia. ¿Me pregunta aún por qué digo que son crueles y despiadados?

Hubo un largo silencio que ninguno de ellos rompió.

Larry dirigió una mirada al inconsciente Malone y se giró de nuevo hacia Merrill.

—¿Cuándo encontró al profesor Malone?

—No lo sé con exactitud —respondió Merrill—.

Caminaba yo por el espeso bosque cuando de pronto me percaté de que no estaba solo. Volví la cabeza y allí estaba él. Caminaba siguiendo mis pasos como un sonámbulo. Grité de júbilo y corrí a su encuentro abrazándole. Ni siquiera advirtió mi presencia cuando le hablé. Tenía la mirada perdida en el vacío y así continuó cuando le cogí la mano y empecé a tirar de él. Llegamos al claro y divisé la casa... Ustedes me recogieron y Malone se desplomó sin conocimiento... Eso es todo.

—No hemos conseguido volverle en sí —dijo Razin—. Parece encontrarse en estado de coma.

—Después de todo quizá sea mejor...

La puerta se abrió violentamente y Doug irrumpió en la estancia gritando como un energúmeno.

—¡Ya está aquí!

Larry fue a su lado atrapándolo con fuerza por los hombros.

—¿Quién está aquí, maldita sea?

—¡La lava verde! —volvió a gritar el copiloto.

—Cálmate y explícalo despacio, muchacho.

—¿Qué cálmate ni qué diablos? —rugió, enloquecido, Doug!—. ¡La lava ha destruido ya el helicóptero y se acerca a la casa!

Durante unos segundos todos permanecieron petrificados. Luego echó a correr Larry saliendo de la estancia seguido de Razin y del propio Merrill que se incorporó trabajosamente.

Fuera se encontraban ya Beirne y las muchachas, pero Larry siguió hasta una ventana y miró al exterior.

El cabello se le erizó.

Había desaparecido por completo el bosque que

circundaba la explanada donde se encontraba la granja. El helicóptero se derretía por segundos en la verdosa y repugnante lava.

CAPITULO XII

Larry se volvió, mirando al ruso.

—¡Usted dijo que disponíamos de cinco o seis días! —acusó rabioso.

—Lo dije porque así lo creía, Gould. Tomé como referencia la velocidad de avance allá en el vestíbulo del aeropuerto. No puedo comprender cómo...

—Estamos perdidos —suspiró, demudado el semblante, Beirne.

—Es posible que el oxígeno del aire sirva de generador a esa lava, capitán —murmuró Merrill.

Denise vino junto a Larry cogiéndose de su brazo.

—Larry... —musitó.

El joven la miró un instante a los ojos y luego pasó los dedos por su mejilla en gesto maquinal. Su mente se hallaba ocupada en buscar la forma de salir de allí.

Al fin sacudió la cabeza desistiendo y apretó los maxilares impotente. Iban a morir de una forma absurda, como borregos en un matadero. Eran los últimos exponentes de una humanidad próxima a extinguirse en la nada del infinito.

Lanzó otra mirada a la lava que continuaba en silencioso y mortífero avance y sintió un profundo odio hacia aquellos seres. Podían ser todo lo superiores que quisieran, pero tenían que pagar aquella monstruosidad.

Algún día, otro planeta superior a ellos, quizá otra galaxia acabaría exterminándoles con la misma terrible frialdad con que ellos destruían la Tierra.

Doug se despegó de la ventana junto a Larry moviéndose excitado.

—Hay que hacer algo, Jefe.

—Será inútil —musitó, sentado en un rincón Beirne.

La azafata Carol tuvo que cogerse del brazo del copiloto para no derrumbarse. En la intensa palidez del semblante se adivinaba que estaba próxima a desmayarse.

Señaló Larry una puerta tomando una repentina decisión.

—Ven conmigo, Doug —dijo, echando a andar hacia ella.

Poco después regresaron con una escalera y un hacha que encontraron en el cuarto donde el granjero guardaba los aperos de labranza. Apoyó Larry la escalera en la pared central y empuñó el hacha empezando a subir.

—¿Qué se propone hacer? —inquirió Merrill.

—Lo único que nos queda por hacer, profesor —respondió Gould descargando el primer hachazo contra el techo de madera—. Subiremos al tejado.

—¿Y qué espera conseguir con eso? —quiso saber ahora Razin.

Larry siguió golpeando las maderas del techo que pronto comenzaron a crujir rompiéndose. Fue agrandando el boquete utilizando el hacha con precisión a pesar de la forzada postura en que se hallaba.

—Sólo retrasaremos la muerte unos minutos —siguió diciendo el ruso, escéptico—. La lava alcanza ya el porche de la casa y vamos a desaparecer desintegrados en ella.

Doug alargó el brazo atrapándole por la camisa.

—¿Vas a seguir dándonos ánimos, sabihondo? —silabeó levantando el puño cerrado.

Larry dejó de golpear con el hacha y fue a intervenir conteniendo al copiloto, pero lo pensó mejor y acabó encogiéndose de hombros indiferente.

Merrill se abalanzó agarrándose al puño de Doug antes de que éste pudiese descargarlo sobre el rostro del ruso.

—¡Suelta al profesor! —chilló Merrill.

Doug le aplicó un empujón sacudiéndoselo de encima y el inglés salió rodando por el suelo.

Atrajo Doug a Razin con fuerza hasta que su rostro estuvo rozando el de él.

—Aquí se han acabado los privilegios, ¿te enteras...? —gruñó de mal talante—. Ya no hay cerebros sabios ni cerebros inferiores. Sólo un grupo de personas que se preparan a morir con dignidad. Como se te ocurra otro comentario parecido al anterior, te vuelo la dentadura a trompazos, ¿estamos?

Se soltó Razin dirigiendo una irónica mirada a Bradford.

—¿Dignidad dice, joven?

Doug extendió el brazo señalando furioso a las dos muchachas.

—¡Estas dos chicas están aguantando el tipo sin ponerse a chillar histéricas, imbécil! —gritó—. Vas a conseguir que chillen enloquecidas con tus comentarios.

Razin pareció comprender los motivos que impulsaban al joven Bradford y miró contrito a las azafatas.

—Les pido perdón, señoritas —dijo serio.

Desde lo alto de la escalera interrumpió Larry diciendo :

—Vamos, empiecen a subir. Tú primero, Doug. Así

podrás ayudar a los demás.

—Yo me quedo con Malone —decidió Merrill incorporándose del suelo—. No tiene objeto retrasar el final.

—También me quedo yo —anunció Razin.

Larry les miró un momento en silencio y luego encogió los hombros.

—Pueden hacer lo que quieran.

Los dos científicos desaparecieron por la puerta que conducía a la habitación donde se encontraba Malone. Antes de desaparecer por el hueco, se giró Razin haciendo un mudo saludo con la mano.

Doug se encaramó por la escalera y se introdujo por el boquete abierto en el techo. Instantes después asomaba el busto alargando la diestra, de bruces sobre el tejado.

—Usted, primero, Beirne —dijo Larry.

El cómico obedeció, subiendo con movimientos mecánicos, galvanizado por el terror. Fueron ascendiendo uno a uno siguiendo el orden que indicaba Larry.

Cuando todos estuvieron sobre la superficie inclinada del tejado, fue Larry hasta la ventana mirando al exterior.

La lava alcanzaba ya las paredes de la casa y ésta comenzaba a derretirse, perdiendo altura perceptiblemente. Sabía que nada conseguirían con aquello y por su mente cruzó fugazmente un pensamiento que le hizo estremecer.

Sacó la pistola del bolsillo de la cazadora y se quedó mirándola largo rato. No quería que Denise enloqueciera de horror sobre el tejado, en los postreros instantes de su vida.

Por debajo de la puerta empezó a deslizarse la verdosa lava.

Asomando la cabeza por el boquete apremió Impaciente Doug :

—¿Vas a subir o qué?

—Ahora voy.

Introdujo de nuevo la pistola en el bolsillo de la cazadora e inició el ascenso. Al llegar arriba murmuró Doug en voz baja:

—No estarás pensando en...

—No pensaba precisamente en mi, muchacho.

Subió al tejado que formaba ángulo en declive a ambos lados de la casa. A duras penas conseguían sostenerse sobre las planchas de pizarra, colocadas en aquella posición por las nevadas del invierno en aquellos parajes.

Lanzó una mirada en derredor mientras se aproximaba a Denise y le pasaba el brazo por los hombros.

La granja era una diminuta isla en medio de un inmenso mar de lava. El tejado distaba tan sólo un metro y medio de ella y pensó Larry que el final estaba próximo. Apretó con fuerza la culata de la pistola en el bolsillo.

—Vamos a morir, querido —susurró Denise.

Larry la miró en silencio, admirando el gran dominio de sus nervios que poseía la muchacha. Le invadió una tremenda ternura y la atrajo hacia él apoyando la cabeza femenina en su pecho.

Besó sus cabellos sintiendo el ritmo acelerado de la sangre que corría alocada por sus venas.

—Sí, amor mío —murmuró con voz ronca—. Vamos a morir.

—Hubiese sido la mujer más dichosa del mundo a tu lado, Larry —siguió diciendo ella—. Es una pena que tengamos de morir de esta forma tan absurda...

—Calla, calla, por Dios... —pidió Larry atrayéndola aún más al tiempo que la besaba en los labios.

Súbitamente escucharon un alarido y vieron a Carol que después de resbalar en la pizarra, rodaba por el tejado en dirección al exterior.

Se precipitó Doug en su ayuda y logró atenazarla de la mano antes de que terminara de caer. Durante unos segundos que parecieron infinitos, sostuvieron un patético forcejeo al borde del tejado y, finalmente, cayó irremisiblemente Carol, arrastrando a Doug en su caída.

Los dos cuerpos cayeron sobre la lava que apenas tenía cinco o seis centímetros de espesor. Fue cuestión de escasos minutos que se desintegraran, y en el lugar donde habían caído se formaron unas leves burbujas repugnantes.

Beirne se apretó la cabeza con las manos y gritó desahogado.

Denise lloraba, rotos al fin los nervios.

Larry la sostuvo apretada contra sí frunciendo el ceño al escuchar las carcajadas que rompían el tenso silencio al enmudecer Beirne de terror.

Parecía que miles de gargantas reían sobre sus cabezas regocijándose en el final próximo. Procedían de la lava y llegaban hasta ellos hiriéndoles los tímpanos arrastradas por el aire.

La verde marea alcanzaba ya el borde del tejado.

Seguían sonando las horribles carcajadas.

Levantó Larry el puño al aire con el rostro desencajado, contraído en mueca de odio.

—¡Malditos! —gritó con desesperación—. ¡Malditos seáis hasta el fin de vuestros días!

Denise perdió el conocimiento y la cogió Larry en sus brazos haciendo un tremendo esfuerzo por serenarse.

Lo consiguió.

Apretó con fuerza el desmadejado cuerpo femenino, en sus brazos y levantó la mirada al cielo.

Sus labios comenzaron a moverse musitando una plegaria...

CAPITULO XIII

Los potentes motores del «DC-y» rugían cruzando el Atlántico a siete mil metros de altitud.

Con las manos aferradas a los mandos del poderoso avión, sacudió Larry la cabeza porque aún herían sus oídos las ruidosas carcajadas alucinantes.

En el otro asiento giró la cabeza Doug Bradford mirando perplejo a su jefe.

—¿Qué ha pasado, Larry? —se pasó la mano por la frente perlada de transpiración—. Ha sido... como una pesadilla.

Larry siguió aún unos minutos aturdido, contraídas las facciones. Su mente se hallaba ocupada por los recientes acontecimientos vividos en la granja.

—Denise... —murmuró.

Una risita suave hizo que ambos se volvieran.

En la puerta de compartimento a sus espaldas se encontraba el famélico Perkins y sus labios se curvaban en irónica sonrisa.

—¿Cómo se encuentran? —quiso saber sin dejar de sonreír—. Ha sido una experiencia terrible, ¿verdad?

Los pilotos se limitaron a mirarle fijamente sin acabar de comprender lo que sucedía. Perkins alargó su esquelética mano, señalando los mandos del avión.

—Vengan conmigo —ordenó suavemente—. No se preocupen del avión. Marchará perfectamente sin ustedes.

Larry le miró torvo, fruncido el ceño.

—¿Quién es usted?

La sonrisa se acentuó en los delgados labios de Perkins.

—Soy... lo que ustedes llaman un marciano.

Doug encanutó los labios intentando emitir un silbido y sólo consiguió soltar un soplido. Inquirió Larry:

—No comprendo cómo ha conseguido...

—Lo sabrá en seguida, Gould —atajó Perkins—, Vengan conmigo. Nos están esperando los tres científicos.

Como autómatas se levantaron Larry y Doug saliendo de la cabina de mandos en pos de Perkins. Podían caminar y moverse sin impedimento alguno. El cerebro les funcionaba a la perfección, pero intuían que no podrían llevar a cabo ninguna agresión contra el delgado individuo aunque lo desearan. Sentían flácidos los músculos, incapaces de movimientos bruscos.

Observó Larry mientras caminaba por el pasillo que todos los pasajeros del avión permanecían sentados en sus asientos. Aparte de la completa inmovilidad en que se hallaban, parecían totalmente incólumes en lo físico.

—Escucharán todo cuanto hablemos, pero no podrán intervenir —explicó Perkins—. Sus mentes primitivas serían un estorbo.

En los últimos asientos vio Larry a las azafatas Denise y Carol.

Al pasar junto a ellas se inclinó y besó fugazmente los labios de Denise y ésta parpadeó a pesar de que las facciones de su rostro siguieron inalterables.

En el compartimento de cola esperaban los tres

científicos que se incorporaron en sus banquetas al verles aparecer.

Hizo Perkins un ademán indicando que continuasen sentados y a la vez señaló otras dos banquetas a los pilotos.

—Tomen asiento.

Obedecieron Larry y Doug. Permaneciendo en pie, paseó una mirada circular Perkins.

—Voy a empezar aclarando los misterios que enturbian sus confusas mentes —empezó diciendo Perkins—. En Marte no somos partidarios de andar con rodeos y por eso será parco en mis palabras. Espero resultar lo suficiente diáfano para que entiendan el mensaje de que he sido portador.

Hizo una pausa comprobando que todos se hallaban atentos a sus palabras. Prosiguió:

—El Gobierno de mi planeta está compuesto por elementos pacíficos desde hace miles de años. En realidad, todos los marcianos somos partidarios de la paz, aunque sabemos y podemos ser terribles en la guerra. Estoy utilizando los vocablos y terminologías terrestres porque así les será más fácil entenderme. Por la misma razón he adoptado una personalidad terrestre. Tampoco estoy autorizado a mostrar mi verdadero aspecto.

En la pausa que hizo Perkins, aprovechó Merrill para decir:

—No comprendo los motivos que les ha impulsado a montar la farsa soportada por nosotros.

Perkins asintió sonriendo.

—Ustedes han sufrido una hipnosis colectiva. Eso en nuestro planeta pueden hacerlo hasta los niños. La farsa, como usted lo ha llamado, no lo es tal, porque voy a decirles

algo que deseo que se grabe con fuerza en sus cerebros. — Perkins guardó un intencionado silencio antes de agregar, marcando bien las palabras—: Lo que ustedes han vivido es exactamente lo que ocurrirá en la Tierra si continúan sus persistentes investigaciones en torno a Marte.

—Nuestros fines son pacíficos —protestó Razin—. En ningún momento ha cruzado nuestra imaginación iniciar una guerra interplanetaria.

—De no ser así, hace cientos de años que hubiesen sido barridos por nosotros, Razin.

Malone tenía los párpados entrecerrados, fijas las pupilas en el escuálido tipo.

—¿Por qué fuimos elegidos?

—Eso es fácil de deducir. En la actualidad son los científicos con mayor prestigio en la Tierra. A partir de ahora tienen la misión de luchar contra los dirigentes de este absurdo planeta, donde mandan demasiadas personas. Nunca podrán prosperar en el universo siguiendo esta forma de vida.

Larry levantó la diestra en dirección a Perkins.

—¿Qué pintamos nosotros en todo esto, Perkins... o debo llamarle por otro nombre?

—Bastará con Perkins, capitán Gould. Tendrán que apoyar a estos señores cuando digan a los jefes de la Tierra que se han acabado los cohetes exploradores con destino a Marte.

—Ya.

Perkins hizo un gesto irónico extendiendo uno de sus huesudos dedos que apuntó a la frente de Larry.

—Y aún le aclararé otra duda que tiene fija en su cerebro, Gould. —Guardó silencio unos segundos Perkins y

luego añadió sonriendo abiertamente—. En efecto, este avión estuvo más de una hora a treinta mil metros de altitud.

Larry abrió mucho los ojos asombrado.

—¿Cómo pudo...?

—¿Leer su pensamiento? Eso es un juego de niños para nosotros.

—Siendo así sabrá que deseo formularle otra pregunta.

—Lo estoy viendo. No puede comprender cómo pudieron soportar la presión de la estratosfera. Es bien sencillo, Gould. Estuvieron todo el tiempo protegidos por un campo magnético en forma de bolsa. Para que lo comprenda mejor; permanecieron dentro de una... burbuja, podríamos decir para su mejor comprensión.

Boris Razin hizo una mueca displicente y la mirada penetrante de Perkins se clavó en él.

—Puede hacer su comentario en voz alta, profesor. Estoy muy por encima de los sarcasmos como puede comprender.

—Sus alardes son bastante espectaculares, Perkins.

—Son una sencilla prueba de nuestra superioridad. Lamentaríamos mucho tener que demostrarlo de otra forma. Olvídense de que existe el planeta Marte y nunca tendrán el dolor de comprobarlo.

—Me gustaría saber los medios que vamos a utilizar para convencer a los dirigentes de la tierra. Tienen la cabeza bastante dura, ¿sabe? Es problemático hacerles dar vuelta atrás.

—En este caso tienen que hacerlo por el bien de todos ustedes. Ya han vivido lo que les sucedería en el caso contrario. Créanme, no les conviene insistir con sus cohetes.

Dijo Merrill:

—¿Y cómo conseguiremos convencerles? Sólo nosotros hemos sido los protagonistas de la tragedia ficticia. Puede resultar que no nos crean.

—Lo tengo previsto.

Y Perkins llevó una mano al bolsillo de la americana sacando una pequeña bolsita de un material similar al plástico. En su transparencia se podía ver una de las esferas desintegradoras de la materia.

—Les bastará con hacer una demostración.

Al ver la esfera, todos los presentes hicieron un instintivo movimiento de retroceso en sus asientos. Perkins la tendió a Malone sonriendo, al tiempo que sacudía la cabeza.

—No existe peligro de que estalle mientras no la saquen de la bolsa.

Sam Malone negó en lentas cabezadas sin alargar la mano.

—Me niego a realizar la prueba, Perkins. Puede resultar demasiado peligrosa para la humanidad.

—En absoluto, profesor Malone —respondió Perkins—, Puedo garantizarles que la lava se extenderá en un diámetro aproximado de cien metros y después quedará desactivada. Eso sí; en esos cien metros la tierra y todo cuanto se encuentre dentro del círculo permanecerá calcinado por miles de años. Espero que cuando los jefes de la Tierra vean el poder desintegrador de la esfera, sean comprensivos y atiendan nuestro aviso.

Después de un silencio prolongado acabó Perkins:

—Y eso es todo. En sus manos dejo el porvenir de la Tierra. Nosotros somos pacíficos, pero no admitimos ningún acercamiento exterior. Téngalo en cuenta.

Razin adelantó el rostro y le atajó Perkins con un ademán, antes de que el ruso despegara los labios.

—Eso que está pensando es imposible, profesor. No tengo autorización para dialogar con usted en ningún campo. Desde luego, no tenga dudas de que podría serles de mucha utilidad descubriéndoles algunas cosas que para nosotros son elementales y a las que ustedes tardarán todavía cientos de años en llegar.

—Nos gustaría conocer algunas... —insistió Merrill.

Perkins volvió a denegar.

—Imposible. Tendrán que desarrollarse por sus propios medios. Ahora volverán a ocupar sus sitios. Yo me quedo aquí, y cuando haya emprendido el regreso a mí planeta, la normalidad volverá a imperar dentro de este avión.

Antes de que se incorporaran, el famélico individuo lanzó una última mirada en torno.

—Por favor, por el bien de todos los terrestres, no olviden el aviso recibido.

CAPITULO XIV

Las ruedas del «DC-9» emitieron un chirrido lastimero al tomar contacto con el pavimento de la pista. A continuación, el avión se deslizó majestuoso perdiendo velocidad paulatinamente.

En la cabina de mando resolló ruidoso Doug Bradford.

—Es una delicia aterrizar en un lugar súper habitado, jefe. Me va a resultar maravillosa la colmena humana que es Nueva York, Larry, de veras.

—Lo creo, muchacho.

—Y en adelante, no volveré a quejarme del café de Denise, lo prometo solemnemente.

La puerta se abrió, irrumpiendo Denise Logan.

—¿Qué decías de mi café, Doug?

—Que es excelente, guapaza. —Doug se giró mirando a su jefe—. ¿Sabes lo primera que haré cuando pise tierra?

—Coger una melopea.

Bradford dio un manotazo al aire.

—Eso será lo segundo. Lo primero es darle un abrazo a la primera persona que me encuentre.

—Está bien —dijo Larry—. Pero ahora atiende a la maniobra si no quieres que nos llevemos por delante la torre de control, muchacho. Deja las euforias para más tarde.

—A la orden, jefe —canturreó, alegre, el copiloto.

El avión se inmovilizó frente al edificio central del aeropuerto, y los pasajeros se aprestaron a desembarcar presa de gran nerviosismo.

Carol y Denise a ambos lados de la salida les iban despidiendo con suma amabilidad, pero sin emplear la frase habitual de la Hunter de: «Nos alegramos de que hayan tenido un vuelo agradable en nuestra compañía.»

El último en salir fue el cómico Beirne, que se giró en el umbral mirando a los tres científicos que aún seguían en sus asientos.

—No estoy seguro de que lo vivido por nosotros haya sido una realidad —dijo pellizcándose el mentón y sosteniendo el maletín en la otra mano—. Casi parece una pesadilla.

—Olvídelo y podrá vivir tranquilo el resto de sus días —aconsejó Merrill.

Beirne negó lentamente con la cabeza.

—Jamás —murmuró—. Jamás, lograré olvidarlo. Hasta creo que tendré que cambiar de profesión.

Poco después se reunían Larry y Doug con los científicos.

Fue Razin el primero en hablar:

—Lo estábamos esperando, capitán Gould. En los próximos días vamos a tener necesidad de usted y Bradford.

—Tendrán que acompañarnos en muchas entrevistas y reuniones.

—Pueden contar con nosotros —asintió el joven—. Nos encontraremos dentro de una hora en la oficina central de la Hunter Airlines. Solicitaré un mes de permiso y estaré a disposición de ustedes. Supongo que Doug tampoco tendrá inconveniente.

—Seguro que no —manifestó el copiloto.

Los tres científicos abandonaron el avión y Doug Bradford enlazó el brazo de la azafata Carol sonriéndole en gesto de complicidad al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Vámonos, muchacha —dijo en tono burlón—. Sospecho que nuestro jefe desea quedarse irnos minutos a solas con la eficiente azafata Denise Logan.

Caminaron Doug y Carol por la pista en dirección al edificio central y de pronto vio el copiloto a un empleado de la brigada que se encargaba de la limpieza de los aviones.

—Espera aquí un momento, Carol. Dije que daría un abrazo al primer ser humano que viese después de pisar tierra.

Se aproximó Doug al empleado.

—¿Me deja que lo abraze, amigo?

El tipo lo miró un instante asombrado y luego hizo un ademán afeminado llegando incluso a ruborizarse.

—¿Aquí en público? —inquirió abanicando las pestañas al tiempo que se contoneaba.

Doug Bradford echó las manos atrás al tiempo que adelantaba bruscamente el torso haciendo una mueca de asco.

—¿Te quieres ir a la Conchinchina, so penco?

Y se alejó mascullando colérico:

—Maldita sea su estampa. Para soltarle un buen trallazo en la jeta al muy cretino, vamos.

Se sintió reconfortado cuando enlazó los hombros de Carol y depositó un beso en su mejilla.

—Vámonos de aquí, encanto. Si llego a abrazarlo sin preguntar se agarra a mi como una lapa el muy...

En el interior del avión enlazó Larry a Denise por la cintura atrayéndola.

—Voy a estar ocupado estos días, cariño —dijo besándola suave tras la oreja.

—No quiero quedarme sola —murmuró ella.

El joven le cogió la barbilla izándola.

—¿Qué te parece si nos casamos hoy mismo? —propuso —. Eso nos permitiría seguir juntos y ahorraríamos el precio de una habitación en los hoteles.

Por toda contestación, echó Denise los brazos al cuello de él y aplastó sus labios en la boca masculina.

Estrechamente abrazados, pensó Larry en que la ardua tarea que les aguardaba tratando de convencer a los dirigentes de la Tierra, sería más llevadera teniendo a su lado una esposa cariñosa y profundamente enamorada como Denise.

FIN

SORTEO DEL MILLON PISO Y COCHE O UN MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE o si lo prefiere de UN MILLON DE PESETAS.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE:

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los emblemas de Fomento — «= * --

dentro del espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.

ESCRIBA AQUI EL NUMERO ELEGIDO

CONSERVE ESTE RESGUARDO
JUNTO CON LA NOVELA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO

DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aqui su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE

1.º APELLIDO

2.º APELLIDO

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA el cupón para participar en el sorteo.

PUEDE ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CUPONES QUE REUNA. ENVIELOS ANTES DE LAS FECHAS DE CIERRE

(Ver Instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUI



Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE

1.º APELLIDO

2.º APELLIDO

Anote su dirección:

CALLE

N.º

POBLACION

PROVINCIA

NOVELA COMPRADA EN:

LIBRERIA O KIOSCO

CALLE

N.º

POBLACION

PROVINCIA

Si se trata de un kiosco anote la calle o plaza y el número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

Si es menor de 5 cifras ponga
ceros en las primeras casillas

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA

¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el cupón que, junto con las instrucciones y bases para tomar parte en este sensacional sorteo, hallará en las últimas páginas de todas las novelas que Editorial Bruguera, S. A. publica en sus populares colecciones femeninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute de unas horas de grata lectura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

